

COMEDIA FAMOSA  
DE  
EL PERRO DEL HORTELANO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DIANA, *Condesa de Belflor.*  
LEONIDO, *criado.*  
EL CONDE FEDERICO.  
ANTONELO, *lacayo.*  
TEODORO, *su secretario.*

MARCELA.  
DOROTEA.  
ANARDA, *de su cámara.*  
OTAVIO, *su mayordomo.*  
FABIO, *su gentilhombre.*  
EL CONDE LUDOVICO.

FURIO.  
LIRANO.  
TRISTÁN, *lacayo.*  
RICARDO, *Marqués.*  
CELIO, *criado.*  
CAMILO.

ACTO PRIMERO

*(Salen TEODORO, con una capa guarnecida, de noche, y TRISTÁN, criado. Vienen huyendo.)*

TEODORO. ¡Huye, Tristán, por aquí!  
TRISTÁN. ¡Notable desdicha ha sido!  
TEODORO. ¿Si nos habrán conocido?  
TRISTÁN. No sé; presumo que sí.

*(Váyanse, y entre tras ellos DIANA, Condesa de Belflor.)*

DIANA. ¡Ah, gentilhombre, esperad, teneos, oíd! ¿Qué digo?  
¿Esto se ha de usar conmigo?  
Volved, mirad, escuchad.  
¡Hola!, ¿no hay aquí un criado?  
¡Hola!, ¿no hay un hombre aquí?  
Pues no es sombra (1) lo que vi, ni sueño que me ha burlado.  
¡Hola! ¿Todos duermen ya?

*(Sale FABIO, criado.)*

FABIO. ¿Llama vuestra señoría?  
DIANA. Para la cólera mía, gusto esta flema me da.  
Corred, necio, enhoramala, pues merecís este nombre, y mirad quién es un hombre que salió de aquesta sala.

FABIO. ¿De esta sala?  
DIANA. ¡Caminad, y responded con los pies!  
FABIO. Voy tras él.  
DIANA. Sabed quién es.  
¿Hay tal traición, tal maldad?

*(Sale OTAVIO.)*

OTAVIO. Aunque su voz escuchaba, a tal hora, no creía que era vuestra señoría quien tan a prisa llamaba.  
DIANA. ¡Muy lindo Santelmo hacéis!  
¡Bien temprano os acostáis!  
¡Con la flema que llegáis, qué despacio que os movéis!  
Andan hombres en mi casa a tal hora, y aun los siento casi en mi propio aposento; que no sé yo dónde pasa tan grande insolencia, Otavio; y vos, muy a lo escudero, cuando yo me desespero, ¿ansí remediáis mi agravio?

OTAVIO. Aunque su voz escuchaba, a tal hora, no creía que era vuestra señoría quien tan a prisa llamaba.

DIANA. Volveos, que no soy yo; acostaos, que os hará mal.

*(Sale FABIO.)*

OTAVIO. Señora...

(1) En el original, "hombre", por errata.

FABIO. No he visto tal;  
como un gavián partió.

DIANA. ¿Viste las señas?

FABIO. ¿Qué señas?

DIANA. ¿Una capa no llevaba  
con oro?

FABIO. Cuando bajaba  
la escalera...

DIANA. ¡Hermosas dueñas  
sois los hombres de mi casa!

FABIO. A la lámpara tiró  
el sombrero, y la mató;  
con esto, los pasos pasa,  
y en lo oscuro del portal  
saca la espada y camina.

DIANA. Vos sois un lindo gallina.

FABIO. ¿Qué querías?

DIANA. ¡Pese a tal!  
¡Cerrar con él y matalle!

OTAVIO. Si era hombre de valor,  
¿fuera bien echar tu honor  
desde el portal a la calle?

DIANA. De valor aquí, ¿por qué?

OTAVIO. ¿Nadie en Nápoles te quiere,  
que mientras casarse espere,  
por donde puede te ve?  
¿No hay mil señores que están,  
para casarse contigo,  
ciegos de amor? Pues bien digo,  
si tú le viste galán,  
y Fabio tirar, bajando,  
a la lámpara el sombrero.

DIANA. Sin duda fué caballero,  
que, amando y solicitando,  
vencerá con interés  
mis criados. ¿Qué criados  
tengo, Otavio, tan honrados!  
Pero yo sabré quién es.  
Plumas llevaba el sombrero,  
y en la escalera ha de estar;  
ve por él.

FABIO. ¿Si le he de hallar?

DIANA. ¡Pues claro está, majadero!  
Que no había de bajarse  
por él cuando huyendo fué.

FABIO. Luz, señora, llevaré. (*Vase.*)

DIANA. Si ello viene a averiguarse,  
no me ha de quedar culpado  
en casa.

OTAVIO. Muy bien harás,  
pues cuando segura estás  
te han puesto en este cuidado.  
Pero aunque es bachillería,

y más estando enojada,  
hablarte en lo que te enfada,  
esta tu injusta porfía  
de no te querer casar  
causa tantos desatinos,  
solicitando caminos  
que te obligasen a amar.

DIANA. ¿Sabéis vos alguna cosa?

OTAVIO. Yo, señora, no sé más  
de que en opinión estás  
de incasable, cuanto hermosa.  
El condado de Belflor  
pone a muchos en cuidado.

(*Sale FABIO.*)

FABIO. Con el sombrero he topado,  
mas no puede ser peor.

DIANA. Muestra. ¿Qué es esto?

FABIO. No sé;  
éste aquel galán tiró.

DIANA. ¿Este?

OTAVIO. No le he visto yo  
más sucio.

FABIO. Pues este fué.

DIANA. ¿Este hallaste?

FABIO. ¿Pues yo había  
de engañarte?

OTAVIO. Buenas son  
las plumas.

FABIO. El es ladrón.

OTAVIO. Sin duda, a robar venía.

DIANA. Haréisme perder el seso.

FABIO. Este sombrero tiró.

DIANA. Pues ¿las plumas que vi yo,  
y tantas que aun era exceso,  
en esto se resolvieron?

FABIO. Como en la lámpara dió,  
sin duda se las quemó,  
y como estopas ardieron.  
¿Icaro al Sol no subía,  
que abrasándose las plumas  
cayó en las blancas espumas  
del mar? Pues esto sería.  
El sol, la lámpara fué;  
Icaro, el sombrero, y luego  
las plumas deshizo el fuego,  
y en la escalera le hallé.

DIANA. No estoy para burlas, Fabio;  
hay aquí mucho que hacer.

OTAVIO. Tiempo habrá para saber  
la verdad.

DIANA. ¿Qué tiempo, Otavio?

OTAVIO. Duerme agora, que mañana lo puedes averiguar.

DIANA. No me tengo de acostar, no, ¡por vida de Diana!, hasta saber lo que ha sido. Llama esas mujeres todas.

OTAVIO. Muy bien la noche acomodas.

DIANA. Del sueño, Otavio, me olvido, con el cuidado de ver un hombre dentro, en mi casa.

OTAVIO. Saber después lo que pasa fuera discreción, y hacer secreta averiguación.

DIANA. Sois, Otavio, muy discreto, que dormir sobre un secreto es notable discreción.

(Sale FABIO, DOROTEA, MARCELA, ANARDA.)

FABIO. Las que importan he traído; que las demás no sabrán lo que deseas, y están rindiendo al sueño el sentido.

Las de tu cámara solas estaban por acostar.

ANARDA. De noche se altera el mar y se enfurecen las olas.

¿Quieres quedar sola?

DIANA. Sí.

Salíos los dos allá.

FABIO. ¡Bravo examen!

OTAVIO. Loca está.

FABIO. Y sospechosa de mí. (*Vanse.*)

DIANA. Llégate aquí, Dorotea.

DOROTEA. ¿Qué manda su señoría?

DIANA. Que me dijese querría quién esta calle pasea.

DOROTEA. Señora, el marqués Ricardo, y algunas veces el conde París.

DIANA. La verdad responde, de lo que decirte aguardo, si quieres tener remedio.

DOROTEA. ¿Qué te puedo yo negar?

DIANA. ¿Con quién los has visto hablar?

DOROTEA. Si me pusieses en medio de mil llamas, no podré decir que, fuera de ti, hablar con nadie los vi que en aquesta casa esté.

DIANA. ¿No te han dado algún papel?

¿Ningún paje ha entrado aquí?

DOROTEA. Jamás.

DIANA. Apártate allí.

MARCELA. ¡Brava inquisición!

ANARDA. Cruel.

DIANA. Oye, Anarda.

ANARDA. ¿Qué me mandas?

DIANA. ¿Qué hombre es este que salió?

ANARDA. ¿Hombre?

DIANA. De esta sala; y yo sé los pasos en que andas.

¿Quién le trajo a que me viese?

¿Con quién habla, de vosotras?

ANARDA. No creas tú que en nosotras tal atrevimiento hubiese.

¿Hombre para verte a ti había de osar traer criada tuya, ni hacer esa traición contra ti?

No, señora; no lo entiendes.

DIANA. Espera, apártate más;

porque a sospechar me das, si engañarme no pretendes, que por alguna criada este hombre ha entrado aquí.

ANARDA. El verte, señora, así, y justamente enojada, dejada toda cautela, me obliga a decir verdad, aunque contra el amistad que profeso con Marcela.

Ella tiene a un hombre amor, y él se le tiene también; mas nunca he sabido quién.

DIANA. Negarlo, Anarda, es error.

Ya que confesas lo más, ¿para qué niegas lo menos?

ANARDA. Para secretos ajenos mucho tormento me das, sabiendo que soy mujer; mas basta que hayas sabido que por Marcela ha venido; bien te puedes recoger, que es sólo conversación, y a poco que se comienza...

DIANA. ¿Hay tan cruel desvergüenza?

¿Buena andaré la opinión de una mujer por casar! ¿Por el siglo, infame gente, del Conde, mi señor!...

ANARDA. Tente, y déjame disculpar;

que no es de fuera de casa el hombre que habla con ella, ni para venir a vella por esos peligros pasa.

DIANA. ¿En efeto, es mi criado?

ANARDA. Sí, señora.

DIANA. ¿Quién?

ANARDA. Teodoro.

DIANA. ¿El secretario?

ANARDA. Yo ignoro lo demás; sé que han hablado.

DIANA. Retírate, Anarda, allí.

ANARDA. Muestra aquí tu entendimiento.

DIANA. Con más templanza me siento, sabiendo que no es por mí.

Marcela.

MARCELA. Señora.

DIANA. Escucha.

MARCELA. ¿Qué mandas? (Temblando lleo.)

DIANA. ¿Eres tú de quien fiaba mi honor y mis pensamientos?

MARCELA. ¿Pues qué te han dicho de mí, sabiendo tú que profeso la lealtad que tú mereces?

DIANA. ¿Tú lealtad?

MARCELA. ¿En qué te ofendo?

DIANA. ¿No es ofensa que en mi casa, y dentro de mi aposento, entre un hombre a hablar contigo?

MARCELA. Está Teodoro tan necio, que dondequiera me dice dos docenas de requiebros.

DIANA. ¿Dos docenas? ¡Bueno, a fe! Bendiga el buen año el cielo, pues se venden por docenas.

MARCELA. Quiero decir que, en saliendo o entrando, luego a la boca traslada sus pensamientos.

DIANA. Traslada, ¡término extraño! ¿Y qué te dice?

MARCELA. No creo que se me acuerda.

DIANA. Sí hará.

MARCELA. Una vez dice: "Yo pierdo el alma por esos ojos"; otras: "Yo vivo por ellos; esta noche no he dormido, desvelando mis deseos en tu hermosura". Otra vez me pide sólo un cabello para atarlos, por que estén en su pensamiento quedos. Mas ¿para qué me preguntas niñerías?

DIANA. Tú, a lo menos, bien te huelgas.

MARCELA. No me pesa,

porque de Teodoro entiendo que estos amores dirige a fin tan justo y honesto como el casarse conmigo.

DIANA. Es el fin del casamiento honesto blanco de amor.

¿Quieres que yo trate desto?

MARCELA. ¿Qué mayor bien para mí?

Pues, ya, señora, que veo tanta blandura en tu enojo y tal nobleza en tu pecho, te aseguro que le adoro, porque es el mozo más cuerdo, más prudente y entendido, más amoroso y discreto que tiene aquesta ciudad.

DIANA. Ya sé yo su entendimiento, del oficio en que me sirve.

MARCELA. Es diferente el sujeto de una carta, en que le pruebas, a dos títulos tus deudos, o el verle hablar más de cerca, en estilo dulce y tierno, razones enamoradas.

DIANA. Marcela, aunque me resuelvo a que os caséis cuando sea, para ejecutarlo hay tiempo, no puedo dejar de ser quien soy, como ves que debo a mi generoso nombre; porque no fuera bien hecho daros lugar en mi casa. (Sustentar mi enojo quiero.) Pues que ya todos lo saben, tú podrás con más secreto proseguir este tu amor, que en la ocasión yo me ofrezco a ayudaros a los dos; que Teodoro es hombre cuerdo y se ha criado en mi casa, y a ti, Marcela, te tengo la obligación que tú sabes, y no poco parentesco.

MARCELA. A tus pies tienes tu hechura.

DIANA. Vete.

MARCELA. Mil veces los beso.

DIANA. Dejadme sola.

ANARDA. ¿Qué ha sido?

MARCELA. Enojos en mi provecho.

DOROTEA. ¿Sabe tus secretos ya?

MARCELA. Sí sabe, y que son honestos.

(Háganle tres reverencias, y váyanse.)

DIANA *sola.*

Mil veces he advertido en la belleza,  
gracia y entendimiento de Teodoro,  
que, a no ser desigual a mi decoro,  
estimara su ingenio y gentileza.

Es el amor común naturaleza,  
mas yo tengo mi honor por más tesoro;  
que los respetos de quien soy adoro,  
y aun el pensarlo tengo por baja.

La envidia bien sé yo que ha de quedarme;  
que si la suelen dar bienes ajenos,  
bien tengo de que pueda lamentarme.

Porque quisiera yo que, por lo menos,  
Teodoro fuera más, para igualarme,  
o yo, para igualarle, fuera menos.

(Sale TEODORO y TRISTÁN.)

TEODORO. No he podido sosegar.

TRISTÁN. Y aun es con mucha razón,  
que ha de ser tu perdición,  
si lo llega a averiguar.

Dijete que la dejaras  
acostar, y no quisiste.

TEODORO. Nunca el amor se resiste.

TRISTÁN. Tiras, pero no reparas.

TEODORO. Los diestros lo hacen así.

TRISTÁN. Bien sé yo que si lo fueras,  
el peligro conocieras.

TEODORO. ¿Sí me conoció?

TRISTÁN. No, y sí;  
que no conoció quién eras,  
y sospecha le quedó.

TEODORO. Cuando Fabio me siguió,  
bajando las escaleras,  
fué milagro no matalle.

TRISTÁN. ¡Qué lindamente tiré  
mi sombrero a la luz!

TEODORO. Fué  
detenelle y deslumbralle;  
porque si adelante pasa,  
no le dejara pasar.

TRISTÁN. Dije a la luz, al bajar:  
"Di que no somos de casa",  
y respondiome: "Mentís";  
alzo, y tiréle el sombrero;  
¿quedé agraviado?

TEODORO. Hoy espero  
mi muerte.

TRISTÁN. Siempre decís  
esas cosas, los amantes,  
cuando menos pena os dan.

TEODORO. Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,

en peligros semejantes?

TRISTÁN. Dejar de amar a Marcela,  
pues la Condesa es mujer  
que, si lo llega a saber,  
no te ha de valer cautela  
para no perder su casa.

TEODORO. ¿Y no hay más sino olvidar?

TRISTÁN. Lecciones te quiero dar  
de cómo el amor se pasa.

TEODORO. Ya comienzas desatinos.

TRISTÁN. Con arte se vence todo.  
Oye, por tu vida, el modo  
por tan fáciles caminos.

Primeramente has de hacer  
resolución de olvidar,  
sin pensar que has de tornar  
eternamente a querer;

que si te queda esperanza  
de volver, no habrá remedio  
de olvidar: que si está en medio  
la esperanza, no hay mundanza.

¿Por qué piensas que no olvida  
luego un hombre a una mujer?  
Porque pensando volver  
va entreteniendo la vida.

Ha de haber resolución  
dentro del entendimiento,  
con que cesa el movimiento  
de aquella imaginación.

¿No has visto faltar la cuerda  
de un reloj y estarse quedas,  
sin movimiento, las ruedas?  
Pues de esa suerte se acuerda  
el que tiene las potencias,  
cuando la esperanza falta.

TEODORO. Y la memoria ¿no salta  
luego hacer mil diligencias,  
despertando el sentimiento  
a que del bien no se prive?

TRISTÁN. Es enemigo que vive  
asido al entendimiento,  
como dijo la canción  
de aquel español poeta;  
mas por esto es linda treta  
vencer la imaginación.

TEODORO. ¿Cómo?

TRISTÁN. Pensando defetos,  
y no gracias; que, olvidando,  
defetos están pensando,  
que no gracias, los discretos.

No la imagines vestida  
con tan linda proporción  
de cintura, en el balcón,

de unos chapines subida :

toda es vana arquitectura ;  
porque dijo un sabio un día  
que a los sastres se debía  
la mitad de la hermosura.

Como se ha de imaginar  
una mujer semejante  
es como un disciplinante  
que le llevan a curar.

Esto sí, que no adornada  
del costoso faldellín.  
Pensar defetos, en fin,  
es medicina aprobada.

Si de acordarte que vías  
alguna vez una cosa  
que te pareció asquerosa,  
no comes en treinta días,  
acordándote, señor,  
de los defetos que tiene,  
si a la memoria te viene,  
se te quitará el amor.

TEODORO. ¡Qué grosero cirujano! ;  
¡qué rústica curación!  
Los remedios, al fin, son  
como de tu tosca mano.

Médico empírico eres ;  
no has estudiado, Tristán.  
Yo no imagino que están  
desta suerte las mujeres,  
sino todas cristalinas,  
como un vidrio, transparentes.

TRISTÁN. Vidrio, sí, muy bien lo sientes,  
si a verlas quebrar caminas.

Mas, si no piensas pensar  
defetos, pensarte puedo ;  
porque ya he perdido el miedo  
de que podrás olvidar.

¡Pardiez!, yo quise una vez,  
con esta cara que miras,  
a una alforja de mentiras,  
años cinco, veces diez ;

y, entre otros dos mil defetos,  
cierta barriga tenía  
que encerrar dentro podía,  
sin otros mil parapetos,

cuantos legajos de pliegos  
algún escritorio apoya,  
pues, como el caballo en Troya,  
pudiera meter los griegos.

¿No has oído que tenía  
cierto lugar un nogal  
que en el tronco un oficial  
con mujer e hijos cabía,

y aún no era la casa escasa ?  
Pues de esa misma manera,  
en esta panza cupiera  
un tejedor y su casa.

Y queriéndola olvidar,  
que debió de convenirme,  
dió la memoria en decirme  
que pensase en blanco azahar,  
en azucena y jazmín,  
en marfil, en plata, en nieve,  
y en la cortina que debe  
de llamarse el faldellín,  
con que yo me deshacía.

Mas tomé más cuerdo acuerdo,  
y di en pensar como cuerdo  
lo que más le parecía :

cestos de calabazones,  
baúles viejos, maletas  
de cartas para estafetas,  
almofrejes y jergones,  
con que se trocó en desdén  
el amor y la esperanza,  
y olvidé la dicha panza  
por siempre jamás amén.

Que era tal, que en los dobleces,  
y no es mucho encarecer,  
se pudieran esconder  
cuatro manos de almireces.

TEODORO. En las gracias de Marcela  
no hay defectos que pensar ;  
yo no la pienso olvidar.

TRISTÁN. Pues a tu desgracia apela,  
y sigue tan loca empresa.

TEODORO. Toda es gracias, ¿qué he de ha-

TRISTÁN. Pensarlas hasta perder [cer ?  
la gracia de la Condesa.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. Teodoro.

TEODORO. (La misma es.)

DIANA. Escucha.

TEODORO. A tu hechura manda.

TRISTÁN. (Si en averiguarlo anda,  
de casa volamos tres.)

DIANA. Hame dicho cierta amiga,  
que desconfía de sí,  
que el papel que traigo aquí  
le escriba. A hacerlo me obliga  
la amistad, aunque yo ignoro,  
Teodoro, cosas de amor,  
y que le escribas mejor  
vengo a decirte, Teodoro.

Toma, y lee.

TEODORO. Si aquí, señora, has puesto la mano, igualarle fuera en vano, y fuera soberbia en mí.  
Sin verle, pedirte quiero que a esa señora le envíes.

DIANA. Lee, lee.

TEODORO. Que desconfíes me espanto. Aprender espero estilo, que yo no sé, que jamás traté de amor.

DIANA. ¿Jamás, jamás?

TEODORO. Con temor de mis defectos, no amé; que soy muy desconfiado.

DIANA. Y se puede conocer de que no te dejas ver, pues que te vas rebozado.

TEODORO. ¿Yo, señora? ¿Cuándo, o cómo?

DIANA. Dijéronme que salió anoche acaso, y te vió rebozado el mayordomo.

TEODORO. Andaríamos burlando Fabio y yo, como solemos, que mil burlas nos hacemos.

DIANA. Lee, lee.

TEODORO. Estoy pensando que tenga algún envidioso.

DIANA. Celoso podría ser.

TEODORO. Lee, lee.

TEODORO. Quiero ver este ingenio milagroso.

(*Lee.*)

“Amar por ver amar, envidia ha sido, y primero que amar estar celosa es invención de amor maravillosa y que por imposible se ha tenido.

De los celos mi amor ha procedido, por pesarme que, siendo más hermosa, no fuese en ser amada tan dichosa que hubiese lo que envidio merecido.

Estoy, sin ocasión, desconfiada; celosa, sin amor, aunque sintiendo: debo de amar, pues quiero ser amada.

Ni me dejo forzar, ni me defiendo; darme quiero a entender, sin decir nada: entiéndame, que puede; yo me entiendo.”

DIANA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que si esto es a propósito del dueño,

no he visto cosa mejor; mas confieso que no entiendo cómo puede ser que amor venga a nacer de los celos, pues que siempre fué su padre.

DIANA. Porque esta dama sospecho que se agradaba de ver este galán, sin deseo, y viéndole ya empleado en otro amor, con los celos vino a amar y a desear. ¿Puede ser?

TEODORO. Yo lo concedo; mas ya esos celos, señora, de algún principio nacieron, y ese fué amor; que la causa no nace de los efectos, sino los efectos de ella.

DIANA. No sé, Teodoro; esto siento de esta dama, pues me dijo que nunca al tal caballero tuvo más que inclinación, y en viéndole amar, salieron al camino de su honor mil salteadores deseos que le han desnudado el alma del honesto pensamiento con que pensaba vivir.

TEODORO. Muy lindo papel has hecho. Yo no me atrevo a igualarle.

DIANA. Entra y prueba.

TEODORO. No me atrevo.

DIANA. Haz esto, por vida mía.

TEODORO. Vueseñoría con esto quiere probar mi ignorancia.

DIANA. Aquí aguardo. Vuelve luego.

TEODORO. Yo voy.

DIANA. Escucha, Tristán.

TRISTÁN. A ver lo que mandas vuelvo con vergüenza de estas calzas, que el secretario, mi dueño, anda salido estos días; y hace mal un caballero, sabiendo que su lacayo le va sirviendo de espejo, de lucero y de cortina, en no traerle bien puesto. Escalera del señor, si va a caballo, un discreto nos llamó, pues a su cara se sube por nuestros cuerpos. No debe de poder más.

DIANA. ¿Juega?

TRISTÁN. ¡Pluguiera a los cielos!  
que a quien juega nunca faltan  
de esto o de aquello dineros.  
Antiguamente los reyes  
algún oficio aprendieron,  
por si en la guerra o la mar  
perdían su patria y reino  
saber con qué sustentarse.  
Dichosos los que pequeños  
aprendieron a jugar,  
pues en saltando, es el juego  
un arte noble, que gana  
con poca pena el sustento.  
Verás un grande pintor,  
acrisolando el ingenio,  
hacer una imagen viva,  
y decir el otro, necio,  
que no vale diez escudos;  
y que el que juega, en diciendo  
“paro”, con salir la suerte,  
le sale a ciento por ciento.

DIANA.

En fin, ¿no juega?

TRISTÁN.

Es cuitado.

DIANA.

A la cuenta, será cierto  
tener amores.

TRISTÁN.

¿Amores?

¡Oh, qué donaire! ¡Es un hielo!

DIANA.

Pues un hombre de su talle,  
galán, discreto y mancebo,  
¿no tiene algunos amores  
de honesto entretenimiento?

TRISTÁN.

Yo trato en paja y cebada,  
no en papeles y requiebros.  
De día te sirve aquí.

DIANA.

Que está ocupado sospecho.

TRISTÁN.

Pues ¿nunca sale de noche?  
No le acompaño, que tengo  
una cadera quebrada.

DIANA.

¿De qué, Tristán?

TRISTÁN.

Bien te puedo  
responder lo que responden  
las mal casadas en viendo  
cardenales en su cara  
del mojicón de los celos:  
“Rodé por las escaleras”.

DIANA.

¿Rodaste?

TRISTÁN.

Por largo trecho,  
con las costillas conté  
los pasos.

DIANA.

Forzoso es eso,  
si a la lámpara, Tristán,  
le tirabas el sombrero.

TRISTÁN.

(¡Oxte, puto! ¡Vive Dios

que se sabe todo el cuento!)

DIANA.

¿No respondes?

TRISTÁN.

Por pensar  
cuándo; pero ya me acuerdo.  
Anoche andaban en casa  
unos murciélagos negros;  
el sombrero les tiraba;  
fuése a la luz uno de ellos,  
y acerté, por dar en él,  
en la lámpara, y tan presto  
por la escalera rodé,  
que los dos pies se me fueron.

DIANA.

Todo está muy bien pensado;  
pero un libro de secretos  
dice que es buena la sangre  
para quitar el cabello  
(de esos murciélagos digo),  
y haré yo sacarla luego,  
si es cabello la ocasión,  
para quitarla con ellos.

TRISTÁN.

¡Vive Dios que hay chamusquina,  
y que por murciegalero  
me pone en una galera!

DIANA.

¡Qué traigo de pensamientos!

(Sale FABIO.)

FABIO.

Aquí está el Marqués Ricardo.

DIANA.

Poned esas sillas luego.

(Sale RICARDO, Marqués, y CELIO.)

RICARDO.

Con el cuidado que el amor, Diana,  
pone en un pecho que aquel fin desea,  
que la mayor dificultad allana,  
el mismo quiere que te adore y vea,  
solicito mi causa, aunque por vana  
esta ambición algún contrario crea  
que dando más lugar a su esperanza  
tendrá menos amor que confianza.

Está vueseñoría tan hermosa,  
que estar buena el mirarla me asegura;  
que en la mujer, y es bien pensada cosa,  
la más cierta salud es la hermosura;  
que en estando gallarda, alegre, airosa,  
es necedad, es ignorancia pura  
llegar a preguntarle si está buena,  
que todo entendimiento la condena.

Sabiendo que lo estáis, como lo dice  
la hermosura, Diana, y la alegría,  
de mí, si a la razón no contradice,  
saber, señora, cómo estoy querría.

DIANA.

Que vuestra señoría solemnice lo que en Italia llaman gallardía, por hermosura, es digno pensamiento de su buen gusto y claro entendimiento.

Que me pregunte cómo está..., no creo que soy tan dueño suyo que lo diga.

RICARDO.

Quien sabe de mi amor y mi deseo el fin honesto, a este favor se obliga. A vuestros deudos inclinados veo para que en lo tratado se prosiga; sólo falta, señora, vuestro acuerdo, porque sin él las esperanzas pierdo.

Si como soy señor de aquel estado, que con igual nobleza heredé agora, lo fuere desde el Sur más abrasado a los primeros paños del aurora; si el oro, de los hombres adorado, las congeladas lágrimas que llora el cielo, o los diamantes orientales que abrieron por el mar caminos tales

tuviera yo, lo mismo os ofreciera; y no dudéis, señora, que pasara adonde el sol apenas luz me diera, como a sólo serviros importara; en campañas de sal, pies de madera, por las remotas aguas estampara hasta llegar a las australes playas, del humano poder últimas rayas.

DIANA.

Creo, señor Marqués, el amor vuestro, y, satisfecha de nobleza tanta, haré tratar el pensamiento nuestro si al Conde Federico no le espanta.

RICARDO.

Bien sé que en trazas es el Conde diestro, porque en ninguna cosa me adelanta: mas yo fío de vos que mi justicia los ojos cegará de su malicia.

(Sale TEODORO.)

TEODORO.

Ya lo que mandas hice.

RICARDO.

Si ocupada vueseñoría está, no será justo hurtarle el tiempo.

DIANA.

No importara nada puesto que a Roma escribo.

RICARDO.

No hay disgusto como, en día de cartas, dilatada visita.

DIANA.

Sois discreto.

RICARDO.

En daros gusto. Celio, ¿qué te parece?

CELIO.

Que quisiera que ya tu justo amor premio tuviera.

(Vase RICARDO.)

DIANA. ¿Escribiste?

TEODORO. Ya escribí, aunque bien desconfiado; mas soy mandado y forzado.

DIANA. Muestra.

TEODORO. Lee.

DIANA. Dice así:

(Lee.)

Querer por ver querer, envidia fuera si quien lo vió, sin ver amar, no amara, porque antes de amar no amar pensara, después no amara, puesto que amar viera.

Amor, que lo que agrada considera en ajeno poder, su amor declara; que como la color sale a la cara, sale a la lengua lo que al alma altera.

No digo más, porque lo más ofendo desde lo menos, si es que desmerezco porque del ser dichoso me defiendo.

Esto que entiendo solamente ofrezco; que lo que no merezco, no lo entiendo por no dar a entender que lo merezco.

Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO. ¿Burlaste?

DIANA. ¡Pluguiera a Dios!

TEODORO. ¿Qué dices?

DIANA. Que de los dos,

el tuyo vence, Teodoro.

TEODORO. Pésame, pues no es pequeño principio de aborrecer un criado el entender que sabe más que su dueño.

De cierto rey se contó que le dijo a un gran privado: "Un papel me da cuidado, y si bien le he escrito yo, quiero ver otro de vos, y el mejor escoger quiero". Escribióle el caballero, y fué el mejor de los dos.

Como vió que el rey decía que era su papel mejor, fuése, y díjole al mayor hijo, de tres que tenía: "Vámonos del reino luego, que en gran peligro estoy yo". El mozo le preguntó la causa, turbado y ciego, y respondióle: "Ha sabido el rey que yo sé más que él". Que es lo que en este papel me puede haber sucedido.

DIANA. No, Teodoro; que aunque digo que es el tuyo más discreto, es porque sigue el conceto de la materia que sigo.

Y no para que presuma tu pluma, que si me agrada pierdo el estar confiada de los puntos de mi pluma.

Fuera de que soy mujer a cualquier error sujeta, y no sé si muy discreta, como se me echa de ver.

Desde lo menos aquí dices que ofendes lo más, y amando, engañado estás, porque en amor no es así; que no ofende un desigual amando, pues sólo entiendo que se ofende aborreciendo.

TEODORO. Esa es razón natural.

Mas pintaron a Faetonte y a Icaro despeñados, uno, en caballos dorados, precipitado en un monte, y otro, con alas de cera, derretido en el crisol del sol.

DIANA. No lo hiciera el sol

si como es sol, mujer fuera.

Si alguna cosa sirvieres alta, sírvela y confía, que amor no es más que porfia; no son piedras las mujeres.

Yo me llevo este papel, que despacio me conviene verle.

TEODORO. Mil errores tiene.

DIANA. No hay error ninguno en él.

TEODORO. Honras mi deseo. Aquí traigo el tuyo.

DIANA. Pues allá le guarda, aunque bien será rasgarle.

TEODORO. ¿Rasgarle?

DIANA. Sí, que no importa que se pierda si se puede perder más.

(Váyase.)

TEODORO. Fuése. ¿Quién pensó jamás de mujer tan noble y cuerda este arrojarle tan presto a dar su amor a entender? Pero también puede ser que yo me engañase en esto.

Mas no me ha dicho jamás, ni a lo menos se me acuerda: "Pues ¿qué importa que se pierda, si se puede perder más?"

Perder más, bien puede ser, por la mujer que decía: "Mas todo es bachillería", y ella es la misma mujer.

Aunque no, que la Condesa es tan discreta y tan varia, que es la cosa más contraria de la ambición que profesa.

Sírvenla príncipes, hoy, en Nápoles; ¡que no puedo ser su esclavo! Tengo miedo; que en grande peligro estoy.

Ella sabe que a Marcela sirvo, pues aquí ha fundado el engaño, y me ha burlado. Pero en vano se recela

mi temor, porque jamás burlando salen colores; y al decir con mil temores (1)

(1) En el original, "colores", por errata.

que "se puede perder más",  
 ¿qué rosa, al llorar la aurora,  
 hizo de las hojas ojos,  
 abriendo los labios rojos,  
 con risa, a ver cómo llora,  
 como ella los puso en mí,  
 bañada en púrpura y grana,  
 o qué pálida manzana  
 se esmaltó de carmesí?

Lo que veo y lo que escucho  
 yo lo juzgo, o estoy loco:  
 para ser de veras, poco,  
 y para de burlas, mucho.

Mas teneos, pensamiento,  
 que os vais ya tras la grandeza,  
 aunque si digo belleza,  
 bien sabéis vos que no miento;  
 que es bellísima Diana  
 y en discreción sin igual.

(Sale MARCELA.)

MARCELA. ¿Puedo hablarte?

TEODORO. Ocasión tal  
 mil imposibles allana;  
 que por tí, Marcela mía,  
 la muerte me es agradable.

MARCELA. Como yo te vea y hable,  
 dos mil vidas perdería.  
 Estuve esperando el día  
 como el pajarillo solo,  
 y cuando vi que en el polo  
 que Apolo más presto dora  
 le despertaba la aurora,  
 dije: "Yo veré a mi Apolo".

Grandes cosas han pasado;  
 que no se quiso acostar  
 la Condesa hasta dejar  
 satisfecho su cuidado.  
 Amigas que han envidiado  
 mi dicha, con deslealtad  
 le han contado la verdad;  
 que entre quien sirve, aunque veas  
 que hay amistad, no la creas,  
 porque es fingida amistad.

Todo lo sabe, en efeto;  
 que si es Diana la luna,  
 siempre a quien ama importuna.  
 Salió y vió nuestro secreto;  
 pero será, te prometo,  
 para mayor bien, Teodoro;  
 que del honesto decoro  
 con que tratas de casarte,

le di parte, y dije aparte  
 cuán tiernamente te adoro.

Tus prendas le encarecí,  
 tu estilo, tu gentileza,  
 y ella entonces su grandeza  
 mostró tan piadosa en mí,  
 que se alegró de que en tí  
 hubiese los ojos puesto,  
 y de casarnos muy presto  
 palabra también me dió  
 luego que de mí entendió  
 que era tu amor tan honesto.

Yo pensé que se enojara  
 y la casa revolviera,  
 que a los dos nos despidiera  
 y a los demás castigara.  
 Mas su sangre, ilustre y clara  
 y aquel ingenio, en efeto,  
 tan prudente y tan perfeto,  
 conoció lo que mereces.  
 ¡Oh, bien haya, amén, mil veces  
 quien sirve a señor discreto!

TEODORO. ¿Que casarme prometió  
 contigo?

MARCELA. ¿Pones en duda  
 que a su ilustre sangre acuda?

TEODORO. Mi ignorancia me engañó;  
 que, necio, pensaba yo  
 que hablaba en mí la Condesa.  
 De haber pensado me pesa  
 que pudo tenerme amor,  
 que nunca tan alto azor  
 se humilla a tan baja presa.

MARCELA. ¿Qué murmuras entre tí?

TEODORO. Marcela, conmigo habló;  
 pero no se declaró  
 en darme a entender que fui  
 el que embozado salí  
 anoche de su aposento.

MARCELA. Fué discreto pensamiento  
 por no obligarse al castigo  
 de saber que hablé contigo,  
 si no lo es del casamiento;  
 que el castigo más piadoso  
 de dos que se quieren bien  
 es casarlos.

TEODORO. Dices bien,  
 y el remedio más honroso.

MARCELA. ¿Querrás tú?

TEODORO. Seré dichoso.

MARCELA. Confírmalo.

TEODORO. Con los brazos,  
 que son los rasgos y lazos

de la pluma del amor;  
pues no hay rúbrica mejor  
que la que firman los brazos.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. Esto se ha enmendado bien;  
agora estoy muy contenta,  
que siempre a quien reprehenden  
da gran gusto ver la enmienda.  
No os turbéis ni os alteréis.

TEODORO. Dije, señora, a Marcela  
que anoche salí de aquí  
con tanto disgusto y pena  
de que vuestra señoría  
imaginase, en su ofensa,  
este pensamiento honesto  
para casarme con ella,  
que me he pensado morir,  
y dándome por respuesta  
que mostrabas en casarnos  
tu piedad y tu grandeza,  
dile mis brazos. Y advierte  
que si mentirte quisiera,  
no me faltara un engaño;  
pero no hay cosa que venza  
como decir la verdad  
a una persona discreta.

DIANA. Teodoro, justo castigo  
la deslealtad mereciera  
de haber perdido el respeto  
a mi casa y la nobleza  
que usé anoche con los dos;  
no es justo que parte sea  
a que os atreváis así;  
que en llegando a desvergüenza  
el amor, no hay privilegio  
que el castigo le defienda.  
Mientras no os caséis los dos,  
mejor estará Marcela  
cerrada en un aposento,  
que no quiero yo que os vean  
juntos las demás criadas  
y que por ejemplo os tengan  
para casárseme todas.  
¡Dorotea! ¡Ah, Dorotea!

(Sale DOROTEA.)

DOROTEA. Señora.

DIANA. Toma esta llave,  
y en mi propia cuadra encierra  
a Marcela, que estos días

podrá hacer labor en ella.  
No diréis que esto es enojo.

DOROTEA. ¿Qué es esto, Marcela?

MARCELA. Fuerza

de un poderoso tirano  
y una rigurosa estrella.  
¡Enciérrame, por Teodoro!

DOROTEA. Cárcel, aquí no la temas,  
y para puertas de celos  
tiene amor llave maestra.

(Váyanse las dos; queden la CONDESA y TEODORO.)

DIANA. En fin, Teodoro, ¿tú quieres  
casarte?

TEODORO. Yo no quisiera  
hacer cosa sin tu gusto;  
y créeme que mi ofensa  
no es tanta como te han dicho;  
que bien sabes que con lengua  
de escorpión pintan la envidia,  
y que si Ovidio supiera  
qué era servir, no en los campos,  
no en las montañas desiertas  
pintara su oscura casa:  
que aquí habita y aquí reina.

DIANA. ¿Luego no es verdad que quieres  
a Marcela?

TEODORO. Bien pudiera  
vivir sin Marcela yo.

DIANA. Pues dícenme que por ella  
pierdes el seso.

TEODORO. Es tan poco,  
que no es mucho que le pierda;  
mas crea vueseñoría  
que aunque Marcela merezca  
estas finezas en mí,  
no ha habido tantas finezas.

DIANA. Pues ¿no le has dicho requiebros  
tales que engañar pudieran  
a mujer de más valor?

TEODORO. Las palabras poco cuestan.

DIANA. ¿Qué le has dicho? ¡Por mi vida!  
¿Cómo, Teodoro, requiebran  
los hombres a las mujeres?

TEODORO. Como quien ama y quien ruega,  
vistiendo de mil mentiras  
una verdad, y ésa apenas.

DIANA. Sí, ¿pero con qué palabras?

TEODORO. ¡Extrañamente me aprieta  
vueseñoría: "Esos ojos,  
le dije, esas niñas bellas,  
son luz con que ves los míos,

- y los corales y perlas de esa boca celestial..."
- DIANA. ¿Celestial?
- TEODORO. Cosas como éstas son la cartilla, señora, de quien ama y quien desea.
- DIANA. Mal gusto tienes, Teodoro; no te espantes de que pierdas hoy el crédito conmigo, porque sé yo que en Marcela hay más defectos que gracias, como la miro más cerca. Sin esto, porque no es limpia, no tengo pocas pendencias con ella; pero no quiero desenamorarte de ella, que bien pudiera decirte cosas; pero aquí se quedan sus gracias o sus desgracias, que yo quiero que la quieras y que os caséis en buen hora. Mas pues de amador te precias, dame consejo, Teodoro, así a Marcela poseas, para aquella amiga mía que ha días que no sosiega de amores de un hombre humilde; porque, si en quererle piensa, ofende su autoridad, y si de quererle deja, pierde el juicio de celos; que el hombre, que no sospecha tanto amor, anda cobarde, aunque es discreto con ella.
- TEODORO. ¿Yo, señora, sé de amor? ¡No sé, por Dios, cómo pueda aconsejarte!
- DIANA. ¿No quieres, como dices, a Marcela? ¿No le has dicho esos requiebros? Tuvieran lengua las puertas, que ellas dijeran...
- TEODORO. No hay cosa que decir las puertas puedan.
- DIANA. ¡Ea!, que ya te sonrojás, y lo que niega la lengua confiesas con los colores.
- TEODORO. Si ella te lo ha dicho, es necia. Una mano le tomé, y no me quedé con ella, que luego se la volví. ¡No sé yo de qué se queja!
- DIANA. Sí, pero hay manos que son como la paz de la iglesia, que siempre vuelven besadas.
- TEODORO. Es necísima Marcela. Es verdad que me atreví, pero con mucha vergüenza, a que templase la boca con nieve y con azucenas.
- DIANA. ¿Con azucenas y nieve? Huelgo de saber que tiembla ese emplasto el corazón. Ahora bien: ¿qué me aconsejas?
- TEODORO. Que si esa dama que dices hombre tan bajo desea, y de quererle resulta a su honor tanta bajeza, haga que con un engaño, sin que lo conozca, pueda gozarle.
- DIANA. Queda el peligro de presumir que lo entienda. ¿No será mejor matarle?
- TEODORO. De Marco Aurelio se cuenta que dió a su mujer, Faustina, para quitarle la pena, sangre de un esgrimidor. Pero estas romanas pruebas son buenas entre gentiles.
- DIANA. Bien dices, que no hay Lucrecias, ni Torcuatos, ni Virgilio en esta edad, y en aquella hubo Faustinas, Teodoro, Mesalinas y Popeas. Escíbeme algún papel que a este propósito sea, y queda con Dios. ¡Ay, Dios!
- (Caiga.)
- Caí. ¿Qué me miras? Llega, dame la mano.
- TEODORO. El respeto me detuvo de ofrecella.
- DIANA. ¿Qué graciosa grosería, que con la capa la ofrezcas!
- TEODORO. Así, cuando vas a misa, te la da Otavio.
- DIANA. Es aquella mano que yo no le pido, y debe de haber setenta años que fué mano, y viene amortajada por muerta. Aguardar quien ha caído a que se vista de seda,

es como ponerse un saco  
quien ve al amigo en pendencia,  
que mientras baja, le han muerto.  
Demás que no es bien que tenga  
nadie por más cortesía,  
aunque melindres lo aprueban,  
que una mano, si es honrada,  
traiga la cara cubierta.

TEODORO. Quiero éstimar la merced  
que me has hecho.

DIANA. Cuando seas  
escudero, la darás  
en el ferreruelo envuelta,  
que ahora eres secretario,  
con que te he dicho que tengas  
secreta aquesta caída  
si levantarte deseas.

(Váyase.)

TEODORO.

¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo,  
si miro que es mujer. Diana hermosa  
pidió mi mano, y la color de rosa  
al dársela, robó del rostro el miedo.

Tembló; yo lo sentí; dudoso quedo.

¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa,  
si bien, por ser la empresa tan dudosa,  
niego al temor lo que al valor concedo.

Mas dejar a Marcela es caso injusto;  
que las mujeres no es razón que esperen  
de nuestra obligación tanto disgusto.

Pero si ellas nos dejan cuando quieren  
por cualquiera interés o nuevo gusto,  
mueran también como los hombres mueren.

## ACTO SEGUNDO

(Salen el CONDE FEDERICO y LEONIDO, criado.)

FEDERICO. ¿Aquí la viste?

LEONIDO. Aquí entró  
como el alba por un prado,  
que a su tapete bordado  
la primera luz le dió.

Y, según la devoción,  
no pienso que tardarán,  
que conozco al capellán,  
y es más breve, que es razón.

FEDERICO. ¡Ay, si la pudiese hablar!

LEONIDO. Siendo tú su primo, es cosa

acompañarla forzosa.

FEDERICO. El pretenderme casar  
ha hecho ya sospechoso  
mi parentesco, Leonido,  
que antes de haberla querido,  
nunca estuve temeroso.

Verás que un hombre visita  
una dama libremente  
por conocido o pariente,  
mientras no la solicita;

pero en llegando a querella,  
aunque de todos se guarde,  
menos entra, y más cobarde,  
y apenas habla con ella.

Tal me ha sucedido a mí  
con mi prima la Condesa;  
tanto, que de amar me pesa,  
pues lo más del bien perdí,  
pues me estaba mejor vella  
tan libre como solía.

(Sale el MARQUÉS RICARDO y CELIO.)

CELIO. A pie digo que salía,  
y alguna gente con ella.

RICARDO. Por estar la iglesia enfrente,  
y por preciarse del talle,  
ha querido honrar la calle.

CELIO. ¿No has visto por el Oriente  
salir serena mañana  
el sol con mil rayos de oro,  
cuando dora el blanco Toro  
que paze campos de grana?,  
que así llamaba un poeta  
los primeros arreboles,  
pues tal salió, con dos soles,  
más hermosa y más perfeta,  
la bellísima Diana,  
la Condesa de Belflor.

RICARDO. Mi amor te ha vuelto pintor  
de tan serena mañana,  
y hácesla sol, con razón,  
porque el sol en sus caminos  
va pasando varios sinos,  
que sus pretendientes son.

Mira que allí Federico  
aguarda sus rayos de oro.

CELIO. ¿Cuál de los dos será el Toro  
a quien hoy al sol aplico?

RICARDO. El, por primera afición,  
aunque del nombre se guarde;  
que yo, por entrar más tarde,  
seré el signo del León.

FEDERICO. ¿Es aquél Ricardo?  
 LEONIDO. El es.  
 FEDERICO. Fuera maravilla rara  
 que de este puesto faltara.  
 LEONIDO. ¡Gallardo viene el Marqués!  
 FEDERICO. No pudieras decir más,  
 si tú fueras el celoso.  
 LEONIDO. ¿Celos tienes?  
 FEDERICO. ¿No es forzoso?  
 De alabarle me los das.  
 LEONIDO. Si a nadie quiere Diana,  
 ¿de qué los puedes tener?  
 FEDERICO. De que le puede querer,  
 que es mujer.  
 LEONIDO. Sí, mas tan vana,  
 tan altiva y desdñosa,  
 que a todos os asegura.  
 FEDERICO. Es soberbia la hermosa.  
 LEONIDO. No hay ingratitud hermosa.  
 CELIO. Diana sale, señor.  
 RICARDO. Pues tendrá mi noche día.  
 CELIO. ¿Hablarásla?  
 RICARDO. Eso querría,  
 si quiere el competidor.

*(Salen OTAVIO, FABIO, TEODORO, la CONDESA, y detrás, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, con mantos; luego el CONDE por un lado.)*

FEDERICO.

Aquí aguardaba, con deseo de veros.

DIANA.

Señor Conde, seáis muy bien hallado.

RICARDO.

Y yo, señora, con el mismo, agora  
 a acompañaros vengo y a servirlos.

DIANA.

Señor Marqués, ¿qué dicha es ésta mía?  
 ¡Tanta merced!...

RICARDO.

Bien debe a mi deseo  
 vueseñoría este cuidado.

FEDERICO.

Creo  
 que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO.

Háblala, no te turbes.

FEDERICO.

¡Ay, Leonido!

Quien sabe que no gustan de escuchalle,  
 ¿de qué te admiras que se turbe y calle?

*(Todos se entren por la otra puerta, acompañando a la CONDESA, y quede allí TEODORO.)*

TEODORO. Nuevo pensamiento mío,  
 desvanecido en el viento,  
 que con ser mi pensamiento,  
 de veros volar me río;  
 parad, detened el brío,  
 que os detengo y os provocho,  
 porque si el intento es loco,  
 de los dos lo mismo escucho,  
 aunque donde el premio es mucho  
 el atrevimiento es poco.

Y si por disculpa dais  
 que es infinito el que espero,  
 averigüemos primero,  
 pensamiento, en qué os fundáis.  
 ¿Vos a quién servís amáis?

Diréis que ocasión tenéis,  
 si a vuestros ojos creéis;  
 pues, pensamiento, decildes  
 que, sobre pajas humildes,  
 torres de diamante hacéis.

Si no me sucede bien,  
 quiero culparos a vos;  
 mas teniéndola los dos,  
 no es justo que culpa os den;  
 que podréis decir también,  
 cuando del alma os levanto  
 y de la altura me espanto  
 donde el amor os subió,  
 que el estar tan bajo yo  
 os hace a vos subir tanto.

Cuando algún hombre ofendido  
 al que le ofende defiende,  
 que dió la ocasión se entiende  
 del daño que os ha venido.  
 Sed en buen hora atrevido,  
 que aunque los dos nos perdamos,  
 esta disculpa llevamos:  
 que vos os perdéis por mí  
 y que yo tras vos me fuí,  
 sin saber adónde vamos.

Id en buen hora, aunque os den  
 mil muertes, por atrevido,  
 que no se llama perdido  
 el que se pierde tan bien;  
 como otros dan parabién

de lo que hallan, estoy tal que de perdición igual os le doy, porque es perderse tan bien, que puede tenerse envidia del mismo mal.

TRISTÁN. Si en tantas lamentaciones cabe un papel de Marcela, que contigo se consuela de sus pasadas prisiones, bien te le daré sin porte, porque a quien no ha menester, nadie le procura ver, a la usanza de la corte.

Cuando está en alto lugar un hombre, y ¡qué bien lo imitas!, ¡que le vienen de visitas a molestar y enfadar!

Pero si mudó de estado, como es la fortuna incierta, todos huyen de su puerta, como si fuere apestado.

¿Parécete que lavemos con vinagre este papel?

TEODORO. Contigo, necio, y con él entrambas cosas tenemos.

Muestra, que vendrá lavado si en tus manos ha venido.

(Lea.)

“A Teodoro, mi marido.”  
¿Marido? ¡Qué necio enfado!  
¡Qué necia cosa!

TRISTÁN. Es muy necia.

TEODORO. Pregúntale a mi ventura si, subida a tanta altura, esas mariposas precia.

TRISTÁN. Léele, por vida mía, aunque ya estés tan divino, que no se desprecia el vino de los mosquitos que cría; que yo sé cuándo Marcela, que llamas ya mariposa, era águila caudalosa.

TEODORO. El pensamiento, que vuela a los mismos cercos de oro del sol, tan baja la mira, que aun de que la ve se admira.

TRISTÁN. Hablas con justo decoro.

Mas ¿qué haremos del papel?

TEODORO. Esto.

TRISTÁN. ¿Rasgástele?

TEODORO. Sí.

TRISTÁN. ¿Por qué, señor?

TEODORO. Porque así respondí más presto a él.

TRISTÁN. Ese es injusto rigor.

TEODORO. Ya soy otro, no te espantes.

TRISTÁN. Basta, que sois los amantes boticarios del amor, que, como ellos las recetas, vais ensartando papeles, récipe, celos crueles, agua de azules violetas.

Récipe un desdém extraño, *sirupi del borrajaorum*, con que la sangre *templorum* para asegurar el daño.

Récipe, ausencia tomad, un emplasto para el pecho, que os hiciera más provecho estaros en la ciudad.

Récipe de matrimonio; allí es menester jarabes, y, tras diez días suaves, purgalle con antimonio.

Récipe, *signus* celeste, que *Capricornius dicitur*, ese enfermo, *moriatur*, si no es que paciencia preste.

Récipe, que de una tienda, joya o vestido *sacabis* con tabletas *confortabis* la bolsa que tal emprenda.

A esta traza, finalmente, van todo el año ensartando; llega la paga, en pagando, o viva o muera el doliente, se rasga todo el papel. Tú la cuenta has acabado, y el de Marcela has rasgado sin saber lo que hay en él.

TEODORO. Ya tú debes de venir con el vino que otras veces.

TRISTÁN. Pienso que te desvaneces con lo que intentas subir.

TEODORO. Tristán, cuantos han nacido su ventura han de tener; no saberla conocer es el no haberla tenido.

O morir en la porfía, o ser conde de Belflor.

TRISTÁN. César llamaron, señor, a aquel duque que traía escrito, por gran blasón: “César, o nada”, y en fin,

tuvo tan contrario el fin,  
que al fin de su pretensión  
escribió una pluma airada:  
"César, o nada dijiste,  
y todo, César, lo fuiste,  
pues fuiste César y nada".

TEODORO. Pues tomo, Tristán, la empresa,  
y haga después la fortuna  
lo que quisiere.

(Salen MARCELA y DOROTEA.)

DOROTEA. Si a alguna  
de tus desdichas le pesa  
de todas las que servimos  
a la Condesa, soy yo.

MARCELA. En la prisión que me dió  
tan justa amistad hicimos.  
Y yo me siento obligada  
de suerte, mi Dorotea,  
que no habrá amiga que sea  
más de Marcela estimada.

Anarda piensa que yo  
no sé cómo quiere a Fabio,  
pues de ella nació mi agravio,  
que a la Condesa contó  
los amores de Teodoro.

DOROTEA. Teodoro está aquí.

MARCELA. ¿Mi bien!

TEODORO. Marcela, el paso detén.

MARCELA. ¿Cómo, mi bien, si te adoro,  
cuando a mis ojos te ofreces?

TEODORO. Mira lo que haces y dices,  
que en palacio los tapices  
han hablado algunas veces.

¿De qué piensas que nació  
hacer figuras en ellos?

De avisar que detrás de ellos  
siempre algún vivo escuchó.

Si un mudo, viendo matar  
a un rey, su padre, dió voces,  
figuras, que no conoces,  
pintadas sabrán hablar.

MARCELA. ¿Has leído mi papel?

TEODORO. Sin leerle, le he rasgado,  
que estoy tan escarmentado  
que rasgué mi amor con él.

MARCELA. ¿Son los pedazos aquéstos?

TEODORO. Sí, Marcela.

MARCELA. ¿Y ya mi amor  
has rasgado?

TEODORO. ¿No es mejor  
que vernos por puntos puestos  
en peligros tan extraños?

Si tú de mi intento estás,  
no tratemos de esto más,  
para excusar tantos daños.

MARCELA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que estoy dispuesto  
a no darle más enojos  
a la Condesa.

MARCELA. En los ojos  
tuve muchas veces puesto  
el temor de esta verdad.

TEODORO. Marcela, queda con Dios.  
Aquí acaba de los dos  
el amor, no el amistad.

DOROTEA. ¿Tú dices eso, Teodoro,  
a Marcela?

TEODORO. Yo lo digo;  
que soy de quietud amigo  
y de guardar el decoro  
a la casa que me ha dado  
el ser que tengo.

MARCELA. Oye, advierte...

TEODORO. Déjame.

MARCELA. ¿De aquesta suerte  
me tratas?

TEODORO. ¿Qué necio enfado!

(Váyase.)

MARCELA. ¡Ah, Tristán, Tristán!

TRISTÁN. ¿Qué quieres?

MARCELA. ¿Qué es esto?

TRISTÁN. Una mudancita.  
Que a las mujeres imita  
Teodoro.

MARCELA. ¿Cuáles mujeres?

TRISTÁN. Unas de azúcar y miel.

MARCELA. Dile...

TRISTÁN. No me digas nada,  
que soy vaina de esta espada,  
nema de aqueste papel,  
caja de aqueste sombrero,  
fietro de este caminante,  
mudanza de este danzante,  
día de este vario hebrero,  
sombra de este cuerpo vano,  
posta de aquesta estafeta,  
rastros de aquesta cometa,  
tempestad de este verano,  
y, finalmente, yo soy  
la uña de aqueste dedo,  
que, en cortándome, no puedo  
decir que con él estoy.

(Váyase.)

MARCELA. ¿Qué sientes de esto?  
 DOROTEA. No sé,  
 que a hablar no me atrevo.

MARCELA. ¿No?  
 Pues yo hablaré.

DOROTEA. Pues yo no.  
 MARCELA. Pues yo sí.

DOROTEA. Mira que fué  
 bueno el aviso, Marcela,  
 de los tapices que miras.

MARCELA. Amor, en celosas iras,  
 ningún peligro recela.  
 A no saber cuán altiva  
 es la Condesa, dijera  
 que Teodoro en algo espera,  
 porque no sin causa priva  
 tanto estos días Teodoro.

DOROTEA. Calla, que estás enojada.  
 MARCELA. Mas yo me veré vengada;  
 ni soy tan necia que ignoro  
 las tretas de hacer pesar.

(Sale FABIO.)

FABIO. ¿Está el secretario aquí?  
 MARCELA. ¿Es por burlarte de mí?  
 FABIO. Por Dios, que le ando a buscar,  
 que le llama mi señora.

MARCELA. Fabio, que sea o no sea,  
 pregúntale a Dorotea  
 cuál puse a Teodoro agora.  
 ¿No es majadero cansado  
 este secretario nuestro?

FABIO. ¡Qué engaño tan necio el vuestro!  
 ¿Queréis que esté deslumbrado  
 de lo que los dos tratáis?  
 ¿Es concierto de los dos?  
 MARCELA. ¿Concierto? ¡Bueno!  
 FABIO. ¡Por Dios,  
 que pienso que me engañáis!

MARCELA. Confieso, Fabio, que oí  
 las locuras de Teodoro;  
 mas yo sé que a un hombre adoro  
 harto parecido a ti.

FABIO. ¿A mí?  
 MARCELA. Pues ¿no te pareces  
 a ti?

FABIO. Pues ¿a mí, Marcela?  
 MARCELA. Si te hablo con cautela,  
 Fabio; si no me enloqueces,  
 si tu talle no me agrada,  
 si no soy tuya, mi Fabio,  
 máteme el mayor agravio,

FABIO. que es el querer despreciada.  
 Es engaño conocido,  
 o tú te quieres morir,  
 pues quieres restituir  
 el alma que me has debido.  
 Si es burla o es invención,  
 ¿a qué camina tu intento?  
 DOROTEA. Fabio, ten atrevimiento  
 y aprovecha la ocasión,  
 que hoy te ha de querer Marcela  
 por fuerza.

FABIO. Por voluntad  
 fuera amor, fuera verdad.

DOROTEA. Teodoro más alto vuela.  
 De Marcela se descarta.

FABIO. Marcela, a buscarle voy.  
 Bueno en sus desdenes soy:  
 si amor te convierte en carta,  
 el sobrescrito a Teodoro,  
 y en su ausencia, denla a Fabio;  
 mas yo perdono el agravio  
 aunque ofenda mi decoro,  
 y despacio te hablaré,  
 siempre tuyo, en bien o en mal.

(Váyase.)

DOROTEA. ¿Qué has hecho?  
 MARCELA. No sé; estoy tal  
 que de mí misma no sé.  
 ¿Anarda no quiere a Fabio?  
 DOROTEA. Sí quiere.

MARCELA. Pues de los dos  
 me vengo, que amor es Dios  
 de la envidia y del agravio.

(Salen la CONDESA y ANARDA.)

DIANA. Esta ha sido la ocasión;  
 no me reprehendas más.

ANARDA. La disculpa que me das  
 me ha puesto en más confusión.  
 Marcela está aquí, señora,  
 hablando con Dorotea.

DIANA. Pues no hay disgusto que sea  
 para mí mayor agora.  
 Salte allá fuera, Marcela.

MARCELA. Vamos, Dorotea (1), de aquí.  
 ¡Bien digo yo que de mí  
 o se enfada o se recela!

(Váyanse MARCELA y DOROTEA.)

(1) El original dice "Teodora", por errata.

ANARDA. ¿Puedote hablar?

DIANA. Ya bien puedes.

ANARDA. Los dos que de aquí se van,  
ciegos de tu amor están.  
Tú en desdeñarlos excedes  
la condición de Anajarte,  
la castidad de Lucrecia,  
y quien a tantos desprecia...

DIANA. Ya me canso de escucharte.

ANARDA. ¿Con quién te piensas casar? (1)

¿No puede el Marqués Ricardo,  
por generoso y gallardo,  
si no exceder, igualar  
al más poderoso y rico?

¿Y la más noble mujer  
también no lo puede ser  
de tu primo Federico?

¿Por qué los has despedido  
con tan extraño desprecio?

DIANA. Porque uno es loco, otro necio,  
y tú, en no haberme entendido,  
más, Anarda, que los dos.  
No los quiero porque quiero;  
y quiero porque no espero  
remedio.

ANARDA. ¡Válgame Dios!

¿Tú quieres?

DIANA. ¿No soy mujer?

ANARDA. Sí, pero imagen de hielo,  
donde el mismo sol del cielo  
podrá tocar y no arder.

DIANA. Pues esos hielos, Anarda,  
dieron todos a los pies  
de un hombre humilde.

ANARDA. ¿Quién es?

DIANA. La vergüenza me acobarda  
que de mi propio valor  
tengo. No diré su nombre:  
basta que sepas que es hombre  
que puede infamar mi honor.

ANARDA. Si Pasife quiso un toro,  
Semíramis un caballo,  
y otras los monstruos que callo,  
por no infamar su decoro,  
¿qué ofensa te puede hacer  
querer hombre, sea quien fuere?

DIANA. Quien quiere, puede, si quiere,  
como quiso, aborrecer.

Esto es lo mejor. Yo quiero  
no querer.

ANARDA. ¿Podrás?

DIANA. Podré;

que si cuando quise amé,  
no amar, en queriendo, espero.

(Toquen dentro.)

DIANA. ¿Quién canta?

ANARDA. Fabio, con Clara.

DIANA. ¡Ojalá que me diviertan!

ANARDA. Música y amor conciertan  
bien. En la canción repara.

(Canten dentro.)

¡Oh, quién pudiera hacer; oh, quién hiciese  
que en no queriendo amar aborreciese!

¡Oh, quién pudiera hacer; oh, quién hiciera  
que no queriendo amar aborreciera!

ANARDA. ¿Qué te dice la canción?

¿No ves que te contradice?

DIANA. Bien entiendo lo que dice;  
mas yo sé mi condición.

Y sé que estará en mi mano,  
como amar, aborrecer.

ANARDA. Quien tiene tanto poder,  
pasa del límite humano.

(TEODORO, entre.)

TEODORO. Fabio me ha dicho, señora,  
que le mandaste buscarme.

DIANA. Horas ha que te deseo.

TEODORO. Pues ya vengo a que me mandes;  
y perdona, si he faltado.

DIANA. Ya has visto estos dos amantes,  
estos dos mi pretendientes.

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Buenos talles  
tienen los dos.

TEODORO. Y muy buenos.

DIANA. No quiero determinarme  
sin tu consejo. ¿Con cuál  
te parece que me case?

TEODORO. Pues ¿qué consejo, señora,  
puedo yo en las cosas, darte,  
que consisten en tu gusto?  
Cualquiera que quieras darme  
por dueño será mejor.

DIANA. Mal pagas el estimarte  
por consejero, Teodoro,  
en caso tan importante.

TEODORO. Señora, ¿en casa no hay viejos  
que entienden de casos tales?

(1) En el original, "se piensa".

Otavio, tu mayordomo, con experiencia lo sabe, fuera de su larga edad.

DIANA. Quiero yo que a ti te agrade el dueño que has de tener. ¿Tiene el Marqués mejor talle que mi primo?

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Pues elijo al Marqués. Parte y pídele las albricias.

(*Váyase la CONDESA.*)

TEODORO. ¿Hay desdicha semejante? ¿Hay resolución tan breve? ¿Hay mudanza tan notable? ¿Estos eran los intentos que tuve? ¡Oh, sol, abrasadme las alas con que subí, pues vuestro rayo deshace las mal atrevidas plumas a la belleza de un ángel. Cayó Diana de su error. ¡Oh, qué mal hice en fiarme de una palabra amorosa! ¡Ay, cómo entre desiguales mal se concierta el amor! Pero ¿es mucho que me engañen aquellos ojos a mí, si pudieran ser bastantes a hacer engaños a Ulises? De nadie puedo quejarme sino de mí; pero, en fin, ¿qué pierdo cuando me falte? Haré cuenta que he tenido algún accidente grave, y que mientras me duró imaginé disparates. No más; despedíos de ser, ¡oh, pensamiento arrogante!, conde de Belflor; volved la proa al antiguo margen. Queramos nuestra Marcela; para vos Marcela baste; señoras busquen señores, que amor se engendra de iguales. Y pues en aire nacistes, quedad convertido en aire, que donde méritos faltan, los que piensan subir caen.

(*Sale FABIO.*)

FABIO.

¿Hablaste ya con mi señora?

TEODORO.

Agora,

Fabio, la hablé, y estoy con gran contento, porque ya la Condesa, mi señora, rinde su condición al casamiento. Los dos que viste, cada cual la adora; mas ella, con su raro entendimiento, al Marqués escogió.

FABIO.

Discreta ha sido.

TEODORO.

Que gane las albricias me ha pedido. Mas yo, que soy tu amigo, quiero darte, Fabio, aqueste provecho; parte presto y pídelas por mí.

FABIO.

Si debo amarte muestra la obligación en que me has puesto. Voy como un rayo, y volveré a buscarte satisfecho de ti, contento de esto, y alábese el Marqués, que ha sido empresa de gran valor rendirse la Condesa.

(*Vase FABIO, y sale TRISTÁN.*)

TRISTÁN. Turbado a buscarte vengo. ¿Es verdad lo que me han dicho?

TEODORO. ¡Ay, Tristán! Verdad será, si son desengaños míos.

TRISTÁN. Ya, Teodoro, en las dos sillas los dos batanes he visto que molieron a Diana; pero que hubiese elegido hasta agora no lo sé.

TEODORO. Pues, Tristán, agora vino ese tornasol mudable, esa veleta, ese vidrio, ese río junto al mar, que vuelve atrás, aunque es río; esa Diana, esa luna, esa mujer, ese hechizo, ese monstruo de mudanzas que sólo perderme quiso por afrentar sus victorias, y que dijese, me dijo, cuál de los dos me agradaba, porque sin consejo mío no se pensaba casar. Quedé muerto y tan perdido, que no responder locuras fué de mi locura indicio.

Díjome, en fin, que el Marqués le agradaba, y que yo mismo fuese a pedir las albricias.

TRISTÁN. ¿Ella, en fin, tiene marido?

TEODORO. El Marqués Ricardo.

TRISTÁN. Pienso

que a no verte sin juicio, y porque dar aflicción no es justo a los afligidos, que agora te diera vaya de aquel pensamiento altivo con que a ser conde aspirabas.

TEODORO. Si aspiré, Tristán, ya expiro.

TRISTÁN. La culpa tienes de todo.

TEODORO. No lo niego, que yo he sido fácil en creer los ojos de una mujer.

TRISTÁN. Yo te digo que no hay vasos de veneno a los mortales sentidos, Teodoro, como los ojos de una mujer.

TEODORO. De corrido, te juro, Tristán, que apenas puedo levantar los míos. Esto pasó, y el remedio es sepultar en olvido el suceso y el amor.

TRISTÁN. ¡Qué arrepentido y contrito has de volver a Marcela!

TEODORO. Presto seremos amigos.

(Sale MARCELA.)

MARCELA.

¡Qué mal que finge amor quien no le tiene!  
¡Qué mal puede olvidarse amor de un año, pues mientras más el pensamiento engaño, más atrevido a la memoria viene!

Pero si es fuerza, y al honor conviene, remedio suele ser del desengaño curar el propio amor amor extraño; que no es poco remedio el que entretiene.

Mas ¡ay!, que imaginar que puede amarse en medio de otro amor, es atreverse a dar mayor venganza, por vengarse.

Mejor es esperar que no perderse; que suele alguna vez, pensando helarse amor, con los remedios encenderse.

TEODORO. Marcela.

MARCELA. ¿Quién es?

TEODORO. Yo soy.

¿Así te olvidas de mí?

MARCELA. Y tan olvidada estoy, que a no imaginar en ti, fuera de mí misma voy.

Porque si en mí misma fuera, te imaginara y te viera, que, para no imaginarte, tengo el alma en otra parte, aunque olvidarte no quiera.

¿Cómo me osaste nombrar?  
¿Cómo cupo en esa boca mi nombre?

TEODORO. Quise probar tu firmeza, y es tan poca que no me ha dado lugar.

Ya dicen que se empleó tu cuidado en un sujeto que mi amor sustituyó.

MARCELA. Nunca, Teodoro, el discreto mujer ni vidrio probó.

Mas no me des a entender que prueba quisiste hacer. Yo te conozco, Teodoro; unos pensamientos de oro te hicieron enloquecer.

¿Cómo te va? ¿No te salen como tú los imaginas?

¿No te cuestan lo que valen?

¿No hay dichas que las divinas partes de tu dueño igualen?

¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?

Turbado, Teodoro, vienes.

¿Mudóse aquel vendaval?

¿Vuelves a buscar tu igual, o te burlas y entretienes?

Confieso que me holgaría que dieses a mi esperanza, Teodoro, un alegre día.

TEODORO. Si le quieres con venganza, ¿qué mayor, Marcela mía?

Pero mira que el amor es hijo de la nobleza; no muestres tanto rigor, que es la vengaza bajeza indigna del vencedor.

Venciste; yo vuelto a ti, Marcela, que no salí con aquel mi pensamiento; perdona el atrevimiento si ha quedado amor en ti.

No porque no puede ser proseguir las esperanzas con que te pude ofender; mas porque en estas mudanzas

memorias me hacen volver.

Sean, pues, estas memorias parte a despertar la tuya, pues confieso tus victorias.

MARCELA. No quiera Dios que destruya los principios de tus glorias.

Sirve, bien haces; porfía, no te rindas, que es dirá tu dueño que es cobardía; sigue tu dicha, que ya voy prosiguiendo la mía.

No es agravio amar a Fabio, pues me dejaste, Teodoro, sino el remedio más sabio, que aunque el dueño no mejoro, basta vengar el agravio.

Y quédate adiós, que ya me cansa el hablar contigo; no venga Fabio, que está medio casado conmigo.

TEODORO. Tenla, Tristán, que se va.

TRISTÁN. Señora, señora, advierte, que no es volver a quererte dejar de haberte querido. Disculpa el buscarte ha sido, si ha sido culpa ofenderte.

Oyeme, Marcela, a mí.

MARCELA. ¿Qué quieres, Tristán?

TRISTÁN. Espera.

(Salen la CONDESA y ANARDA.)

DIANA. ¿Teodoro y Marcela aquí?

ANARDA. Parece que el ver te altera que esos dos se hablen así.

DIANA. Toma, Anarda, esa antepuerta, y cubrámonos las dos. Amor, con celos despierta.

MARCELA. ¡Déjame, Tristán, por Dios!

ANARDA. Tristán a los dos concierta, que deben estar reñidos.

DIANA. El alcahete lacayo me ha quitado los sentidos.

TRISTÁN. No pasó más presto el rayo que por sus ojos y oídos pasó la necia belleza de esa mujer que le adora. Ya desprecia su riqueza, que más riqueza atesora tu gallarda gentileza.

Haz cuenta que fué cometa aquel amor; ven acá, Teodoro.

DIANA. Brava estafeta es el lacayo.

TEODORO. Si ya Marcela a Fabio sujeta dice que le tiene amor, ¿por qué me llamas, Tristán?

TRISTÁN. Otro enojado.

TEODORO. Mejor los dos casarse podrán.

TRISTÁN. ¿Tú también? ¡Bravo rigor!

Ea, acaba, llega, pues; dame esa mano, y después, que se hagan las amistades.

TEODORO. Necio, tú me persuades.

TRISTÁN. Por mí, quiero que le des la mano esta vez, señor.

TEODORO. ¿Cuándo he dicho yo a Marcela que he tenido a nadie amor, y ella me ha dicho...?

TRISTÁN. Es cautela para vengar tu rigor.

MARCELA. No es cautela, que es verdad.

TRISTÁN. Calla, boba. Ea, llegad.

¡Qué necios estáis los dos!

TEODORO. Yo rogaba, mas, ¡por Dios, que no he de hacer amistad!

MARCELA. Pues a mí me pase un rayo.

TRISTÁN. No jures.

MARCELA. Aunque le nuestro enojò, ya me desmayo.

TRISTÁN. Pues tente firme.

DIANA. ¡Qué diestro está el bellaco lacayo.

MARCELA. ¡Déjame, Tristán, que tengo que hacer!

TEODORO. ¡Déjala, Tristán!

TRISTÁN. Por mí, vaya.

TEODORO. Tenla.

MARCELA. Vengo, mi amor.

TRISTÁN. ¿Cómo no se van, ya que a ninguno detengo?

MARCELA. ¡Ay, mi bien; no puedoirme!

TEODORO. Ni yo, porque no es tan firme ninguna roca en la mar.

MARCELA. Los brazos te quiero dar.

TEODORO. Y yo a los tuyos asirme.

TRISTÁN. Si ya no era menester, ¿por qué me hiciste cansar?

ANARDA. ¿De esto gusta?

DIANA. Vengo a ver lo poco que hay que fiar de un hombre y una mujer.

TEODORO. ¡Ay, qué me has dicho de afren-

TRISTÁN. Yo he caído ya, con veros, [tas!  
juntar las almas contentas,  
que es desgracia de terceros  
no se concertar las ventas.

MARCELA. Si te trocare, mi bien,  
por Fabio, ni por el mundo,  
que tus agravios me den  
la muerte.

TEODORO. Hoy de nuevo fundo,  
Marcela, mi amor también;  
y si te olvidare, digo  
que me dé el cielo en castigo  
el verte en brazos de Fabio.

MARCELA. ¿Quieres deshacer mi agravio?

TEODORO. ¿Qué no haré por ti y contigo?

MARCELA. Di que todas las mujeres  
son feas.

TEODORO. Contigo, es claro.  
Mira qué otra cosa quieres.

MARCELA. En ciertos celos reparo,  
ya que tan mi amigo eres,  
que no importa que esté aquí  
Tristán.

TRISTÁN. Bien podéis por mí,  
aunque de mí mismo sea.

MARCELA. Di que la Condesa es fea.

TEODORO. Y un demonio para mí.

MARCELA. ¿No es necia?

TEODORO. Por todo extremo.

MARCELA. ¿No es bachillera?

TEODORO. Es cuitada.

DIANA. Quiero estorbarlos, que temo  
que no reparen en nada,  
y aunque me hielo, me quemo.

ANARDA. ¡Ay, señora, no hagáis tal!

TRISTÁN. Cuando queráis decir mal  
de la Condesa y su talle,  
a mí me oíd.

DIANA. ¿Escuchalle  
podré desvergüenza igual?

TRISTÁN. Lo primero...

DIANA. Yo no aguardo  
a lo segundo, que fuera  
necedad.

MARCELA. Voyme, Teodoro.

*(Váyase, con una reverencia, MARCELA.)*

TRISTÁN. ¡La Condesa!

TEODORO. ¡La Condesa!

DIANA. Teodoro.

TEODORO. Señora, advierte...

TRISTÁN. El cielo a tronar comienza.  
No pienso aguardar los rayos.

*(Vase TRISTÁN.)*

DIANA. Anarda, un bufete llega;  
escribiráme Teodoro  
una carta de su letra;  
pero notándola yo.

TEODORO. Todo el corazón me tiembla.  
¿Si oyó lo que hablado habemos?

DIANA. Bravamente amor despierta  
con los celos a los ojos.  
¡Que aqueste amase a Marcela,  
y que yo no tenga partes  
para que también me quiera!

TEODORO. ¡Que se burlasen de mí!  
Ella murmura y se queja.  
Bien digo yo que en palacio,  
para que a callar aprenda,  
tapices tienen oídos  
y paredes tienen lenguas.

*(Sale ANARDA, con su bufetillo pequeño y recado de escribir.)*

ANARDA. Este pequeño he traído  
y tu escribanía.

DIANA. Llega,  
Teodoro, y toma la pluma.

TEODORO. Hoy me mata o me destierra.

DIANA. Escribe.

TEODORO. Di.

DIANA. No estás bien  
con la rodilla en la tierra.  
Ponle, Anarda, una almohada.  
Yo estoy bien.

TEODORO. Pónsela, necia.

TEODORO. No me agrada este favor  
sobre enojos y sospechas,  
que quien honra las rodillas  
cortar quiere la cabeza.  
Yo aguardo.

DIANA. Yo digo así.

TEODORO. Mil cruces hacer quisiera.

*(Siéntese la CONDESA en una silla alta. Ella diga y él vaya escribiendo:)*

“Cuando una mujer principal se ha declara-  
do con un hombre humilde, eslo mucho el tér-  
mino de volver a hablar con otra; mas quien  
no estima su fortuna, quédese para necio.”

TEODORO. ¿No dices más?

DIANA. Pues ¿qué más?

El papel, Teodoro, cierra.  
 ANARDA. ¿Qué es eso que haces, señora?  
 DIANA. Necedades de amor llenas.  
 ANARDA. Pues ¿a quién tienes amor?  
 DIANA. ¿Aún no le conoces, bestia?  
 Pues yo sé que le murmuran  
 en mi casa hasta las piedras.  
 TEODORO. Ya el papel está cerrado;  
 sólo sobrescrito resta.  
 DIANA. Pon, Teodoro, para ti,  
 y no lo entienda Marcela,  
 que quizá le entenderás  
 cuando despacio le leas.

(Váyase, y quede solo, y entre MARCELA.)

TEODORO. ¿Hay confusión tan extraña?  
 ¡Que aquesta mujer me quiera  
 con pausas como sangrías,  
 y que tenga intercadencias  
 el pulso de amor tan grandes!  
 MARCELA. ¿Qué te ha dicho la Condesa,  
 mi bien, que he estado temblando  
 detrás de aquella antepuerta?  
 TEODORO. Díjome que te quería  
 casar con Fabio, Marcela,  
 y este papel que escribí  
 es que despacha a tu tierra  
 por los dineros del dote.  
 MARCELA. ¿Qué dices?  
 TEODORO. Sólo que sea  
 para bien. Y pues te casas,  
 que de burlas ni de veras  
 tomes mi nombre en tu boca.  
 MARCELA. Oye.  
 TEODORO. Es tarde para quejas.

(Váyase.)

MARCELA. No, no puedo yo creer  
 que aquesta la ocasión sea.  
 Favores de aquesta loca  
 le han hecho dar esta vuelta;  
 que él está como arcaduz,  
 que cuando baja, le llena  
 del agua de su favor,  
 y cuando sube, le mengua.  
 ¡Ay de mí, Teodoro ingrato,  
 que luego que su grandeza  
 te toca alarma me olvidas!  
 Cuando te quiere, me dejas;  
 cuando te deja, me quieres;  
 ¿quién ha de tener paciencia?

(Sale el MARQUÉS y FABIO.)

RICARDO.  
 No pude, Fabio, detenerme un hora.  
 Por tal merced le besaré las manos.

FABIO.  
 Dile presto, Marcela, a mi señora  
 que está el Marqués aquí.

MARCELA.  
 Celos tiranos,  
 celos crueles, ¿qué queréis agora  
 tras tantos locos pensamientos vanos?

FABIO.  
 ¿No vas?  
 MARCELA.

Ya voy.  
 FABIO.  
 Pues dile que ha venido  
 nuestro nuevo señor, y su marido.

(Vase MARCELA.)

RICARDO.  
 Id, Fabio, a mi posada, que mañana  
 os daré mil escudos y un caballo  
 de la casta mejor napolitana.

FABIO.  
 Sabré, si no servillo, celebrallo.

RICARDO.  
 Este es principio sólo, que Diana  
 os tiene por criado y por vasallo,  
 y yo por sólo amigo.

FABIO.  
 Esos pies beso.  
 RICARDO.  
 No pago así; la obligación confieso.

(Sale la CONDESA.)

DIANA.  
 ¿Vueseñoría aquí?

RICARDO.  
 Pues ¿no era justo,  
 si me enviáis con Fabio tal recado,

y que después de aquel mortal disgusto me elegís por marido y por criado? Dadme esos pies, que de manera el gusto, de ver mi amor en tan dichoso estado, me vuelve loco, que le tengo en poco, si me contento de volverme loco.

¿Cuándo pensé, señora, mereceros, ni llegar a más bien que deseáros?

DIANA.

No acierto, aunque lo intento, a responderos. ¿Yo he enviado a llamaros, o es burlaros?

RICARDO.

Fabio, ¿qué es esto?

FABIO.

¿Pude yo traerlos sin ocasión agora, ni llamaros menos que de Teodoro prevenido?

DIANA.

Señor Marqués, Teodoro culpa ha sido. Oyóme anteponer a Federico vuestra persona, con ser primo hermano y caballero generoso y rico, y presumió que os daba ya la mano. A vuestra señoría la suplico perdone aquestos necios.

RICARDO.

Fuera en vano dar a Fabio perdón, si no estuviera adonde vuestra imagen le valiera.

Béseos los pies por el favor, y espero que ha de vencer mi amor esta porfía.

(Váyase el MARQUÉS.)

DIANA.

¿Paréceos bien aquesto, majadero?

FABIO.

¿Por qué me culpa a mí vueseñoría?

DIANA.

Llama luego a Teodoro. ¿Qué ligero este cansado pretensor venía cuando me matan celos de Teodoro!

FABIO.

¡Perdí el caballo y mil escudos de oro!

(Váyase FABIO, y quede la CONDESA sola.)

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? ¿Ya no tenía olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres? Pero responderás que tú no eres sino tu sombra, que detrás venía.

¡Oh, celos!, ¿qué no hará vuestra porfía? Malos letrados sois con las mujeres, pues jamás os pidieron pareceres que pudiese el honor guardarse un día.

Yo quiero a un hombre bien; mas se me [acuerda que yo soy mar, y que es humilde barco, y que es contra razón que el mar se pierda.

En gran peligro, amor, el alma embarco; mas si tanto el honor tira la cuerda, ¡por Dios, que temo que se rompa el arco!

(Sale TEODORO y FABIO.)

FABIO. Pensó matarme el Marqués; pero, la verdad diciendo, más sentí los mil escudos.

TEODORO. Yo quiero darte un consejo.

FABIO. ¿Cómo?

TEODORO. El Conde Federico estaba perdiendo el seso porque el Marqués se casaba. Parte, y di que el casamiento se ha deshecho, y te dará esos mil escudos luego.

FABIO. Voy como un rayo.

TEODORO. Camina.

¿Llamábasme?

DIANA. Bien ha hecho ese necio en irse agora.

TEODORO. Una hora he estado leyendo tu papel, y bien mirado, señora, tu pensamiento, hallo que mi cobardía procede de tu respeto; pero ya que soy culpado en tenerle, como necio, a tus muchas diligencias, y así a decir me resuelvo que te quiero, y que es disculpa que con respeto te quiero. Temblando estoy, no te espantes.

DIANA. Teodoro, yo te lo creo. ¿Por qué no me has de querer, si soy tu señora y tengo tu voluntad obligada, pues te estimo y favorezco más que a los otros criados?

TEODORO. Ese lenguaje no entiendo.

DIANA. No hay más que entender, Teodoro ni pasar el pensamiento [ro, un átomo de esta raya; enfrena cualquier deseo, que de una mujer, Teodoro, tan principal, y más siendo tus méritos tan humildes, basta un favor muy pequeño para que toda la vida vivas honrado y contento.

TEODORO. Cierto que vueseñoría, perdóneme si me atrevo, tiene en el juicio, a veces, que no en el entendimiento, mil lucidos intervalos para que pueda ser bueno. Haberme dado esperanzas, que en tal estado me han puesto, pues del peso de mis dichas caí, como sabe, enfermo casi un mes en una cama luego que tratamos de esto. Si cuando ve que me enfrió se abrasa de vivo fuego, y cuando ve que me abraso se hiela de puro hielo, dejárame con Marcela.

Mas viénele bien el cuento del *Perro del hortelano*. No quiere, abrasada en celos, que me case con Marcela; y en viendo que no la quiero, vuelve a quitarme el juicio y a despertarme, si duermo. Pues coma, o deje comer, porque yo no me sustento de esperanzas tan cansadas, que, si no, desde aquí vuelvo a querer donde me quieren.

DIANA. Eso no, Teodoro; advierto que Marcela no ha de ser. En otro cualquier sujeto pon los ojos, que en Marcela no hay remedio.

TEODORO. ¿No hay remedio? Pues ¿quiere vueseñoría que si me quiere y la quiero, ande a probar voluntades? ¿Tengo yo de tener puesto adonde no tengo gusto mi gusto por el ajeno? Yo adoro a Marcela, y ella

me adora, y es muy honesto este amor.

DIANA. ¡Pícaro, infame, haré yo que os maten luego!

TEODORO. ¿Qué hace vueseñoría?

DIANA. Daros, por sucio y grosero, estos bofetones.

TEODORO. Tente.

(Sale FABIO y el CONDE FEDERICO.)

FEDERICO. Bien dices, Fabio, no entremos; pero mejor es llegar. Señora mía, ¿qué es esto?

DIANA. No es nada: enojos que pasan entre criados y dueños.

FEDERICO. ¿Quiere vuestra señoría alguna cosa?

DIANA. No quiero más de hablaros en las mías.

FEDERICO. Quisiera venir a tiempo que os hallara con más gusto.

DIANA. Gusto, Federico, tengo, que aquí estas son niñerías. Entrad y sabréis mi intento en lo que toca al Marqués.

(Váyase DIANA.)

FEDERICO. (Ap.) Fabio.

FABIO. Señor.

FEDERICO. Yo sospecho que en estos disgustos hay algunos gustos secretos.

FABIO. No sé, por Dios; admirado de ver, señor Conde, quedo tratar tan mal a Teodoro: cosa que jamás ha hecho la Condesa, mi señora.

FEDERICO. Bañóle de sangre el lienzo.

(Váyanse FEDERICO y FABIO.)

TEODORO.

Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres, amor, que tengan desatinos tales? Si así quieren mujeres principales, furias las llamo yo, que no mujeres.

Si la grandeza excusa los placeres, que iguales pueden ser en desiguales, ¿por qué, enemiga, de crueldad te vales, y por matar a quien adoras mueres?

¡Oh, mano poderosa de matarme,

quién te besara entonces, mano hermosa,  
agradecido al dulce castigarme!

No te esperaba yo tan rigurosa;  
pero si me castigas, por tocarme,  
tú sola hallaste gusto en ser celosa.

(Sale TRISTÁN.)

TRISTÁN. Siempre tengo de venir  
acabados los sucesos;  
parezco espada cobarde.

TEODORO. ¡Ay, Tristán!

TRISTÁN. Señor, ¿qué es esto?  
¡Sangre en el lienzo!

TEODORO. Con sangre  
quiere amor que de los celos  
entre la letra.

TRISTÁN. ¡Por Dios,  
que han sido celos muy necios!

TEODORO. No te espantes, que está loca  
de un amoroso deseo;  
y como el ejecutarle  
tiene su honor por desprecio,  
quiere deshacer mi rostro,  
porque es mi rostro el espejo  
adonde mira su honor,  
y véngase en verlo feo.

TRISTÁN. Señor, que Juana o Lucía  
cierren conmigo por celos  
y me rompan, con las uñas,  
el cuello que ellas me dieron;  
que me repelen y arañen,  
sobre averiguar por cierto  
que les hice un peso falso,  
vaya: es gente de pandero,  
de media de cordellate  
y de zapato fraileSCO;  
pero que tan gran señora  
se pierda tanto el respeto  
a sí misma, es vil acción.

TEODORO. No sé, Tristán; pierdo el seso  
de ver que me está adorando  
y que me aborrece luego.  
No quiere que sea suyo,  
ni de Marcela, y si dejo  
de mirarla, luego busca,  
para hablarme, algún enredo.  
No dudes; naturalmente,  
es del hortelano el perro:  
ni come, ni comer deja;  
ni está fuera, ni está dentro.

TRISTÁN. Contáronme que un doctor,  
catedrático y maestro,

tenía un ama y un mozo  
que siempre andaban riñendo;  
reñían a la comida,  
a la cena, y hasta el sueño  
le quitaban con sus voces,  
que estudiar no había remedio.  
Estando en lección un día,  
fuéle forzoso, corriendo,  
volver a casa, y entrando  
de improviso en su aposento,  
vió al ama y mozo acostados,  
con amorosos requiebros,  
y dijo: "Gracias a Dios,  
que una vez en paz os veo".  
Y esto imagino de entrambos,  
aunque siempre andáis riñendo.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. Teodoro.

TEODORO. Señora.

TRISTÁN. (¿Es duende  
esta mujer?)

DIANA. Sólo vengo  
a saber cómo te hallas.

TEODORO. Ya lo ves.

DIANA. ¿Estás bueno?

TEODORO. Bueno estoy.

DIANA. ¿Y no dirás:  
"a tu servicio"?

TEODORO. No puedo  
estar mucho en tu servicio,  
siendo tal el tratamiento.

DIANA. ¡Qué poco sabes!

TEODORO. Tan poco,  
que te siento y no te entiendo,  
pues no entiendo tus palabras,  
y tus bofetones siento.  
Si no te quiero, te enfadas,  
y enójaste si te quiero;  
escríbeme, si me olvido,  
y si me acuerdo, te ofendo;  
pretendes que yo te entienda,  
y si te entiendo, soy necio.  
Mátame, o dame la vida:  
da un medio a tantos extremos.

DIANA. ¿Hícete sangre?

TEODORO. ¿Pues no?

DIANA. ¿Adónde tienes el lienzo?

TEODORO. Aquí.

DIANA. Muestra.

TEODORO. ¿Para qué?

DIANA. Para que esta sangre quiero.

Habla a Otavio, a quien agora mandé que te diera luego dos mil escudos, Teodoro.

TEODORO.  
DIANA.

¿Para qué?  
Para hacer lienzos.

(Váyase la CONDESA.)

TEODORO. ¿Hay disparates iguales?  
TRISTÁN. ¿Qué encantamientos son estos?  
TEODORO. ¡Dos mil escudos me ha dado!  
TRISTÁN. Bien puedes tomar, al precio, otros cuatro bofetones.  
TEODORO. Dice que son para lienzos, y llevó el mío con sangre.  
TRISTÁN. Pagó la sangre, y te ha hecho doncella por las narices.  
TEODORO. No anda mal agora el perro, pues, después que muerde, halaga.  
TRISTÁN. Todos aquestos extremos han de parar en el ama del doctor.  
TEODORO. ¡Quiéralo el cielo!

### ACTO TERCERO

(Salen FEDERICO y RICARDO.)

RICARDO. ¿Esto viste?  
FEDERICO. Esto vi.  
RICARDO. ¿Y que le dió bofetones?  
FEDERICO. El servir tiene ocasiones, mas no lo son para mí; que el poner una mujer de aquellas prendas la mano al rostro de un hombre, es llano que otra ocasión puede haber. Y bien veis que lo acredita el andar tan mejorado.  
RICARDO. Ella es mujer, y él criado.  
FEDERICO. Su perdición solícita. La fábula que pintó el filósofo moral de las dos ollas, que igual hoy a los dos la vistió: era de barro la una; la otra, de cobre o hierro, que un río, a los pies de un cerro llevó con varia fortuna. Desvióse la de barro de la de cobre, temiendo

que la quebrase, y yo entiendo pensamiento tan bizarro del hombre y de la mujer, hierro y barro; y no me espanto, pues acercándose tanto, por fuerza se han de romper.

RICARDO. La altivez y bizarría de Diana me admiró, y bien puede ser que yo viese y no viese aquel día. Mas ver caballos y pajes en Teodoro, y tantas galas, ¿qué son, si no nuevas alas? Pues criados, oro y trajes no los tuviera Teodoro sin ocasión tan notable.  
FEDERICO. Antes que de esto se hable en Nápoles, y el decoro de nuestra sangre se ofenda, sea o no sea verdad, ha de morir.

RICARDO. Y es piedad matarle, aunque ella lo entienda.

FEDERICO. ¿Podrá ser?

RICARDO. Bien puede ser; que hay en Nápoles quien vive de eso, y en oro recibe lo que en sangre ha de volver. No hay más de buscar un vago, y que le despache luego.

FEDERICO. Por la brevedad os ruego.

RICARDO. Hoy tendrá su justo pago semejante atrevimiento.

FEDERICO. ¿Son bravos estos?

RICARDO. Sin duda.

FEDERICO. El cielo, ofendido, ayuda vuestro justo pensamiento.

(Salen FURIO, ANTONELLO y LIRANO, lacayos, y TRISTÁN, vestido de nuevo.)

FURIO.

Pagar tenéis el vino, en alboroque del famoso vestido que os han dado.

ANTONELO.

Esto bien sabe el buen Tristán que es justo.

TRISTÁN.

Digo, señores, que de hacerlo gusto.

LIRANO.

¡Bravo salió el vestido!

TRISTÁN.

Todo aquesto  
es cosa de chacota y zarandajas,  
respecto del lugar que tendré presto:  
si no mudan los bolos la fortuna,  
secretario he de ser del secretario.

LIRANO.

Mucha merced le hace la Condesa  
a vuestro amo, Tristán.

TRISTÁN.

Es su privanza;  
es su mano derecha, y es la puerta  
por donde se entra a su favor.

ANTONELO.

Dejemos  
favores y fortunas, y bebamos.

FURIO.

En este tabernáculo sospecho  
que hay lágrima famosa y malvasía.

TRISTÁN.

Probemos vino greco, que deseo  
hablar en griego, y con beberlo basta.

RICARDO.

Aquel moreno, de color quebrado,  
me parece el más bravo, pues que todos  
le estiman, hablan y hacen cortesía.  
Celio.

CELIO.

Señor.

RICARDO.

De aquellos gentileshombres,  
llama al descolorido.

CELIO.

¡Ah, caballero!

Antes que se entre en esa santa ermita,  
el Marqués, mi señor, hablarle quiere.

TRISTÁN.

Camaradas, allí me llama un príncipe;  
no puedo rehusar el ver qué manda.  
Entren y tomen siete u ocho azumbres,  
y apereciban dos dedos de formache,  
en tanto que me informo de su gusto.

ANTONELO.

Pues despachad a prisa.

TRISTÁN.

Iré volando.  
¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

RICARDO.

El veros entre tanta valentía  
nos ha obligado, al conde Federico  
y a mí, para saber si seréis hombre  
para matar un hombre.

TRISTÁN.

(¡Vive el cielo,  
que son los pretendientes de mi ama,  
y que hay algún enredo! Fingir quiero.)

FEDERICO.

¿No respondéis?

TRISTÁN.

Estaba imaginando  
si vuestra señoría está burlando  
de nuestro modo de vivir, pues ¡vive  
el que reparte fuerzas a los hombres,  
que no hay en toda Nápoles espada  
que no tiemble de sólo el nombre mío!  
¿No conocéis a Héctor? Pues no hay Héctor  
adonde está mi furibundo brazo;  
que si él lo fué de Troya, yo de Italia.

FEDERICO.

Este es, Marqués, el hombre que buscamos.  
Por vida de los dos, que no burlamos,  
sino que, si tenéis conforme al nombre  
el ánimo y queréis matar un hombre,  
que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTÁN.

Con doscientos escudos me contento,  
y sea el diablo.

RICARDO.

Yo os daré trescientos,  
y despachalde aquesta noche.

TRISTÁN.

El nombre  
del hombre espero, y parte del dinero.

RICARDO.

¿Conocéis a Diana, la Condesa  
de Belflor?

TRISTÁN.

En su casa tengo amigos.

RICARDO.

¿Mataréis un criado de su casa?

TRISTÁN.

Mataré los criados y criadas,  
y los mismos frisonos de su coche.

RICARDO.

Pues a Teodoro habéis de dar la muerte.

TRISTÁN.

Eso ha de ser, señores, de otra suerte;  
porque Teodoro, como yo he sabido,  
no sale ya de noche, temeroso,  
por ventura, de haberos ofendido.  
Que le sirva estos días me han pedido:  
dejádmele servir, y yo os ofrezco  
de darle alguna noche dos mojadas,  
con que el pobrete, *in pace requiescat*,  
y yo quede seguro y sin sospecha.  
¿Es algo lo que digo?

FEDERICO.

No pudiera  
hallarse en toda Nápoles un hombre  
que tan seguramente le matara.  
Servilde, pues, y así, al descuido, un día  
pegalde, y acudid a nuestra casa.

TRISTÁN.

Yo he menester agora cien escudos.

RICARDO.

Cincuenta tengo en esta bolsa; luego  
que yo os vea, en su casa de Diana,  
os ofrezco los ciento y muchos cientos.

TRISTÁN.

Eso de muchos cientos no me agrada.  
Vayan vueseñorías en buen hora,  
que me aguarda Mastranzo, *Rompe-muros*,  
*Mano de Hierro*, *Arfuz* y *Espanta-diablos*,  
y no quiero que acaso piensen algo.  
Decís muy bien. Adiós.

FEDERICO.

¡Qué gran ventura!

RICARDO.

A Teodoro contadle por difunto.

FEDERICO.

El bellacón, ¡qué bravo talle tiene!

(Váyase FEDERICO, RICARDO y CELIO.)

TRISTÁN.

Avisar a Teodoro me conviene;  
perdone el vino greco, y los amigos:  
a casa voy, que no está de aquí muy lejos.  
Mas éste me parece que es Teodoro.

(Sale TEODORO.)

Señor, ¿adónde vas?

TEODORO.

Lo mismo ignoro.  
Porque de suerte estoy, Tristán amigo,  
que no sé dónde voy, ni quién me lleva.  
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,  
que al sol me dice que la vista atreva.  
¿Ves cuanto ayer Diana habló conmigo?  
Pues hoy, de aquel amor se halló tan nueva,  
que apenas jurarás que me conoce,  
por que Marcela de mi mal se goce.

TRISTÁN.

Vuelve hacia casa, que a los dos importa  
que no nos vean juntos.

TEODORO.

¿De qué suerte?

TRISTÁN.

Por el camino te diré quién corta  
los pasos dirigidos a tu muerte.

TEODORO.

¿Mi muerte? Pues ¿por qué?

TRISTÁN.

La voz reporta,  
y la ocasión de tu remedio advierte:  
Ricardo y Federico me han hablado,  
y que te dé la muerte, concertado.

TEODORO.

¿Ellos a mí?

TRISTÁN.

Por ciertos bofetones,  
el amor de tu dueño conjeturan,  
y pensando que soy de los leones  
que a tales homicidios se aventuran,

tu vida me han trocado a cien doblones,  
y con cincuenta escudos me aseguran.  
Yo dije que un amigo me pedía  
que te sirviese, y que hoy te serviría,  
donde más fácilmente te matase,  
a efecto de guardarte, de esta suerte.

TEODORO.

¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase  
la vida y me sacase de esta muerte!

TRISTÁN.

¿Tan loco estás?

TEODORO.

¿No quieres que me abrase  
por tan dulce ocasión, Tristán? Advierte  
que si Diana algún camino hallara  
de disculpa, conmigo se casara.

Teme su honor, y cuando más se abrasa,  
se hiela y me desprecia.

TRISTÁN.

Si te diese  
remedio, ¿qué dirás?

TEODORO.

Que a ti se pasa  
de Ulises el espíritu.

TRISTÁN.

Si fuese  
tan ingenioso que a tu misma casa  
un generoso padre te trajese,  
con que fueses igual a la Condesa,  
¿no saldrías, señor, con esta empresa?

TEODORO.

Eso es sin duda.

TRISTÁN.

El conde Ludovico,  
caballero ya viejo, habrá veinte años  
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre,  
que era sobrino de su gran maestre;  
cautiváronle moros de Biserta,  
y nunca supo de él, muerto ni vivo.  
Este ha de ser tu padre, y tú su hijo,  
y yo lo he de trazar.

TEODORO.

Tristán, advierte

que puedes levantar alguna cosa  
que nos cueste a los dos la honra y la vida.

TRISTÁN.

A casa hemos llegado; adiós te queda,  
que tú serás marido de Diana  
antes que den las doce de mañana.

(Váyase TRISTÁN.)

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio  
a tanto mal, pues el amor bien sabe  
que no tiene enemigo que le acabe  
con más facilidad que tierra en medio.

Tierra quiero poner, pues que remedio,  
con ausentarme, amor, rigor tan grave;  
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe  
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.

Todos los que llegaron a este punto,  
poniendo tierra en medio te olvidaron,  
que en tierra, en fin, le resolvieron junto.

Y la razón que de olvidar hallaron,  
es que amor se confiesa por difunto,  
pues que con tierra en medio le enterraron.

(Sale la CONDESA.)

DIANA. ¿Estás ya más mejorado  
de tus tristezas, Teodoro?

TEODORO. Si en mis tristezas adoro,  
sabré estimar mi cuidado.

No quiero yo mejorar  
de la enfermedad que tengo,  
pues sólo a estar triste vengo  
cuando imagino sanar.

Bien hayan males que son  
tan dulces para sufrir,  
que se ve un hombre morir  
y estima su perdición.

Sólo me pesa que ya  
esté mi mal en estado  
que he de alejar mi cuidado  
de donde su dueño está.

DIANA. ¿Ausentarte? Pues ¿por qué?  
TEODORO. Quiérenme matar.

DIANA. Sí harán.

TEODORO. Envidia a mi mal tendrán,  
que bien al principio fué.

Con esta ocasión te pido  
licencia para irme a España.

DIANA. Será generosa hazaña  
de un hombre tan entendido;

que con eso quitarás  
la ocasión de tus enojos;  
y aunque des agua a mis ojos,  
honra a mi casa darás.

Que desde aquel bofetón,  
Federico me ha tratado  
como celoso, y me ha dado  
para dejarte ocasión.

Vete a España, que yo haré  
que te den seis mil escudos.

TEODORO. Haré tus contrarios mudos  
con mi ausencia. Dame el pie.

DIANA. Anda, Teodoro, no más;  
déjame, que soy mujer.

TEODORO. Lloro; mas ¿qué puedo hacer?

DIANA. En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Espera... Vete...

Oye...

TEODORO. ¿Qué mandas?

DIANA. No, nada;  
vete.

TEODORO. Voime.

DIANA. Estoy turbada.

¿Hay tormento que inquiete  
como una pasión de amor?

¿No eres ido?

TEODORO. Ya, señora,  
me voy.

DIANA. ¡Buena quedo agora!

(Vase TEODORO.)

¡Maldígate Dios, honor!

Temeraria invención fuiste,  
tan opuesta al propio gusto.

¿Quién te inventó? Mas fué justo,  
pues que tu freno resiste  
tantas cosas tan mal hechas.

(Sale TEODORO.)

TEODORO. Vuelvo a saber si hoy podré  
partirme.

DIANA. Ni yo lo sé,  
ni tú, Teodoro, sospechas  
que me pesa de mirarte,  
pues que te vuelves aquí.

TEODORO. Señora, vuelvo por mí,  
que no estoy en otra parte.

Y como me he de llevar,  
vengo para que me des  
a mí mismo.

DIANA. Si después

te has de volver a buscar,  
no me pidas que te dé;  
pero vete, que el amor  
lucha con mi noble honor,  
y vienes tú a ser traspíe.

Vete, Teodoro, de aquí;  
no te pidas, aunque puedas;  
que yo sé que, si te quedas,  
allá me llevas a mí.

TEODORO. Quede vuestra señoría  
con Dios. (Vase.)

DIANA. ¡Maldita ella sea,  
pues que quita que yo sea  
de quien el alma quería!

Buena quedo yo sin quien  
era luz de aquestos ojos;  
pero sientan sus enojos:  
quien mira mal, lloro bien.

Ojos, pues os habéis puesto  
en cosa tan desigual,  
pagad el mirar tan mal,  
que no soy la culpa de esto.

Mas no lloren, que también  
tiempla el mal llorar los ojos;  
pero sientan sus enojos:  
quien mira mal, lloro bien.

Aunque tendrán ya pensada  
la disculpa para todo;  
que el sol los pone en el lodo,  
y no se le pega nada.

Luego bien es que no den  
en llorar; cesad, mis ojos;  
pero sientan sus enojos:  
quien mira mal, lloro bien.

(Sale MARCELA.)

MARCELA. Si puede la confianza  
de los años de servirte  
humildemente pedirte  
lo que justamente alcanza,  
a la mano te ha venido  
la ocasión de mi remedio,  
y poniendo tierra en medio,  
no verme, si te he ofendido.

DIANA. De tu remedio, Marcela,  
¿cuál ocasión?, que aquí estoy.

MARCELA. Dicen que se parte hoy,  
por peligros que recela,  
Teodoro a España, y con él  
puedes, casada, enviarme,  
pues no verme es remediarme.

DIANA. ¿Sabes tú que querrá él?

MARCELA. ¿Pues pidiérate yo a ti,  
sin tener satisfacción,  
remedio en esta ocasión?

DIANA. ¿Hasle hablado?

MARCELA. Y él a mí,  
pidiéndome lo que digo.

DIANA. ¡Qué a propósito me viene  
esta desdicha!

MARCELA. Ya tiene  
tratado aquesto conmigo,  
y el modo con que podemos  
ir con más comodidad.

DIANA. (¡Ay, necio honor!, perdonad,  
que amor quiere hacer extremos.  
Pero no será razón,  
pues que podéis remediar  
fácilmente este pesar.)

MARCELA. ¿No tomas resolución?

DIANA. No podré vivir sin ti,  
Marcela, y haces agravio  
a mi amor, y aun al de Fabio,  
que sé yo que adora en ti.  
Yo te casaré con él,  
deja partir a Teodoro.

MARCELA. A Fabio aborrezco; adoro  
a Teodoro.

DIANA. (¡Qué cruel  
ocasión de declararme!  
Mas teneos, loco amor.)  
Fabio te estará mejor.

MARCELA. Señora...

DIANA. No hay replicarme.  
(*Váyase la CONDESA.*)

MARCELA.

¿Que intentan imposibles mis sentidos,  
contra tanto poder determinados?  
Que celos poderosos declarados  
harán un desatino, resistidos.

Volved, volved atrás, pasos perdidos,  
que corréis a mi fin precipitados;  
árboles son amores desdichados,  
a quien el hielo marchitó floridos.

Alegraron el alma las colores  
que el tirano poder cubrió de luto;  
que hiela ajeno amor muchos amores.

Y cuando de esperar deba tributo,  
¿qué importa la hermosura de las flores,  
si se perdieron esperando el fruto?

(*Sale el CONDE LUDOVICO, viejo, y CAMILO.*)

CAMILO. Para tener sucesión,

no te queda otro remedio.

LUDOVICO. Hay muchos años en medio,  
que mis enemigos son.  
Y aunque tiene esa disculpa  
el casar en la vejez,  
quiere el temor ser juez,  
y ha de averiguar la culpa.  
Y podría suceder  
que sucesión no alcanzase,  
y casado me quedase.  
Y en un viejo, una mujer  
es en un olmo una hiedra:  
que, aunque con tan varios lazos,  
la cubre de sus abrazos,  
él se seca y ella medra.  
Y tratarme casamientos  
es traerme a la memoria,  
Camilo, mi antigua historia,  
y renovar mis tormentos.  
Esperando cada día,  
con engaños, a Teodoro,  
veinte años ha que le lloro.

(*Sale un PAJE.*)

PAJE. Aquí, a vuestra señoría  
busca un griego mercader.

(*Sale TRISTÁN, vestido de armenio, con un turbante  
graciosamente, y FURIO, con otro.*)

LUDOVICO. Di que entre.

TRISTÁN. Dadme esas manos,  
y los cielos soberanos,  
con su divino poder,  
os den el mayor consuelo  
que esperáis.

LUDOVICO. Bien seáis venido.  
Mas ¿qué causa os ha traído  
por este remoto suelo?

TRISTÁN. De Constantinopla vine  
a Chipre; de ella, a Venecia,  
con una nave cargada  
de ricas telas de Persia.  
Acordéme de una historia  
que algunos pasos me cuesta,  
y con deseo de ver  
a Nápoles, ciudad bella,  
mientras allá mis criados  
van despachando las telas,  
vine, como veis, aquí,  
donde mis ojos confiesan  
su grandeza y hermosura.

- LUDOVICO. Tiene hermosura y grandeza  
Nápoles.
- TRISTÁN. Así es verdad.  
Mi padre, señor, en Grecia  
fué mercader, y en su trato,  
el de más ganancia era  
comprar y vender esclavos;  
y así, en la feria de Azteclias  
compró un niño, el más hermoso  
que vió la naturaleza,  
por testigo del poder  
que le dió el cielo en la tierra.  
Vendíanle algunos turcos,  
entre otra gente bien puesta,  
a una galera de Malta,  
que las de un bajá, turquescas,  
prendieron en Chafalonía.
- LUDOVICO. Camilo, el alma me altera.
- TRISTÁN. Aficionado al rapaz,  
compróle y llevóle a Armenia,  
donde se crió conmigo  
y una hermana...
- LUDOVICO. Amigo, espera,  
espera, que me traspasas  
las entrañas.
- TRISTÁN. (¡Qué bien entra!)
- LUDOVICO. ¿Dijo cómo se llamaba?
- TRISTÁN. Teodoro.
- LUDOVICO. ¡Ay, cielo, qué fuerza  
tiene la verdad de oírte!  
Lágrimas mis canas riegan.
- TRISTÁN. Serpolitonia, mi hermana  
y este mozo (nunca fuera  
tan bello), con la ocasión  
de la crianza, que engendra  
el amor, que todos saben  
se amaron desde la tierna  
edad, y a dieciséis años,  
de mi padre en cierta ausencia,  
ejecutaron su amor,  
y creció de suerte en ella  
que se le echaba de ver,  
con cuyo temor se ausenta  
Teodoro, y, para parir,  
a Serpolitonia deja.  
Catiborratos, mi padre,  
no sintió tanto la ofensa  
como el dejarle Teodoro.  
Murió en efeto de pena,  
y bautizamos su hijo,  
que aquella parte de Armenia  
tiene vuestra misma ley,  
aunque es diferente iglesia.
- Llamamos al bello niño  
Terimaconio, que queda  
un bello rapaz agora  
en la ciudad de Tepecas.  
Andando en Nápoles yo,  
mirando cosas diversas,  
saqué un papel en que traje  
de este Teodoro las señas,  
y preguntando por él  
me dijo una esclava griega  
que en mi posada servía:  
“¡Cosa que ese mozo sea  
el del Conde Ludovico!”  
Dióme el alma una luz nueva,  
y doy en que os he de hablar,  
y por entrar en la vuestra  
entro, según me dijeron,  
en casa de la Condesa  
de Belflor, y al primer hombre  
que pregunto...
- LUDOVICO. Ya me tiembla  
el alma.
- TRISTÁN. Veo a Teodoro.
- LUDOVICO. ¿A Teodoro?
- TRISTÁN. El bien quisiera  
huirse, pero no pudo.  
Dudé un poco, y era fuerza,  
porque el estar ya barbado  
tiene alguna diferencia.  
Fuí tras él, asile, en fin;  
hablóme, aunque con vergüenza,  
y dijo que no dijese  
a nadie, en casa, quién era,  
porque el haber sido esclavo  
no diese alguna sospecha.  
Díjeme: “Sí, yo he sabido  
que eres hijo, en esta tierra,  
de un título, ¿por qué tienes  
la esclavitud por bajeza?”  
Hizo gran burla de mí,  
y yo, por ver si concuerda  
tu historia con la que digo,  
vine a verte, y a que tengas,  
si es verdad que éste es tu hijo,  
con tu nieto alguna cuenta,  
o permitas que mi hermana  
con él a Nápoles venga,  
no para tratar casarse,  
aunque le sobra nobleza,  
más porque Terimaconio  
tan ilustre abuelo vea.
- LUDOVICO. Dame mil veces tus brazos,  
que el alma, con sus potencias,

que es verdadera tu historia  
en su regocijo muestra.  
¡Ay, hijo del alma mía,  
tras tantos años de ausencia,  
hallado para mi bien!

Camilo, ¿qué me aconsejas?  
¿Iré a verle y conocerle?

CAMILO. ¿Eso dudas? ¡Parte, vuela,  
y añade vida en sus brazos  
a los años de tus penas.

LUDOVICO. Amigo, si quieres ir  
conmigo, será más cierta  
mi dicha; si descansar,  
aquí aguardando te queda,  
y dente, por tanto bien,  
toda mi casa y hacienda,  
que no puedo detenerme.

TRISTÁN. Yo dejé, puesto que cerca,  
ciertos diamantes que traigo,  
y volveré cuando vuelvas.  
Vamos de aquí Mercaponios.

FURIO. Vamos, señor.

TRISTÁN. Bien se entrecas  
el engaño.

FURIO. Muy bonis.

TRISTÁN. Andemis.

CAMILO. ¡Extraña lengua!

LUDOVICO. Vente, Camilo, tras mí.

(Váyanse el CONDE y CAMILO.)

TRISTÁN. ¿Trasponen?

FURIO. El viejo vuela,  
sin aguardar coche o gente.

TRISTÁN. ¿Cosa que esto verdad sea,  
y que éste fuese Teodoro?

FURIO. Mas, si en mentira como ésta  
hubiese alguna verdad...

TRISTÁN. Estas almalafas lleva,  
que me importa desnudarme  
por que ninguno me vea  
de los que aquí me conocen.

FURIO. Desnuda presto.

TRISTÁN. ¡Que pueda  
esto el amor de los hijos!

FURIO. ¿Adónde te aguardo?

TRISTÁN. Espera,  
Furio, en la choza del olmo.

FURIO. ¡Adiós!

(Váyase FURIO.)

TRISTÁN. ¿Qué tesoro llega  
al ingenio? Aquí debajo  
traigo la cápa revuelta,

que como medio sotana  
me la puse, porque hubiera  
más lugar en el peligro  
de dejar en una puerta,  
con el armenio turbante,  
los hopalandas gregüescas.

(Salen RICARDO y FEDERICO.)

FEDERICO.

Digo que es éste el matador valiente  
que a Teodoro ha de dar muerte segura.

RICARDO.

¡Ah, hidalgo! ¿Así se cumple entre la gente  
que honor profesa y que opinión procura,  
lo que se prometió tan fácilmente?

TRISTÁN.

Señor...

FEDERICO.

¿Somos nosotros, por ventura,  
de los iguales vuestros?

TRISTÁN.

Sin oírme,  
no es justo que mi culpa se confirme.

Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,  
que ha de morir por esta mano airada;  
pero puede ofender vuestro decoro  
públicamente ensangrentar mi espada.

Es la prudencia un celestial tesoro,  
y fué de los antiguos celebrada  
por única virtud; estén muy ciertos  
que le pueden contar entre los muertos.

Estáse melancólico de día,  
y de noche cerrado en su aposento;  
que alguna cuidadosa fantasía  
le debe de ocupar el pensamiento.  
Déjenme a mí, que una mojada fría  
pondrá silencio a su vital aliento,  
y no se precipiten de esa suerte,  
que yo sé cuándo le he dar la muerte.

FEDERICO.

Paréceme, Marqués, que el hombre acierta.  
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.  
No dudéis, matarále.

RICARDO.

Cosa es cierta.  
Por muerto le contad.

FEDERICO.

Hablemos paso.

TRISTÁN.

En tanto que esta muerte se concierta,  
¿vueseñorías no tendrán acaso  
cincuenta escudos?; que comprar querría  
un rocín que volase el mismo día.

RICARDO.

Aquí los tengo yo. Tomad, seguro  
de que en saliendo con aquesta empresa  
lo menos es pagaros.

TRISTÁN.

Yo aventuro  
la vida, que servir buenos profesa.  
Con esto, adiós; que no me vean procuro  
hablar, desde el balcón de la Condesa,  
con vuestras señorías.

FEDERICO.

Sois discreto.

TRISTÁN.

Ya lo verán al tiempo del efeto.

FEDERICO.

¡Bravo es el hombre!

RICARDO.

Astuto e ingenioso.

FEDERICO.

¡Qué bien le ha de matar!

RICARDO.

Notablemente.

(Sale CELIO.)

CELIO.

¿Hay caso más extraño y fabuloso?

FEDERICO.

¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? ¡Detente!

CELIO.

Un suceso notable y riguroso  
para los dos. ¿No veis aquella gente  
que entra en casa del Conde Ludovico?

RICARDO.

¿Es muerto?

CELIO.

Que me escuches te suplico.  
A darle van el parabién, contentos,  
de haber hallado un hijo que ha perdido.

RICARDO.

Pues ¿qué puede ofender nuestros intentos  
que le haya esa aventura sucedido?

CELIO.

¿No importa a los secretos pensamientos  
que con Diana habéis los dos tenido,  
que sea aquel Teodoro, su criado,  
hijo del Conde?

FEDERICO.

El alma me has turbado.

RICARDO.

¿Hijo del Conde? Pues ¿de qué manera  
se ha venido a saber?

CELIO.

Es larga historia,  
y cuéntanla tan varia, que no hubiera,  
para tomarla, tiempo ni memoria.

FEDERICO.

¿A quién mayor desdicha sucediera?

RICARDO.

Trocóse en pena mi esperada gloria.

FEDERICO.

Yo quiero ver lo que es.

RICARDO.

Yo, Conde, os sigo.

CELIO.

Presto veréis que la verdad os digo.

(Váyanse, y salgan TEODORO, de camino, y MARCELA.)

MARCELA. En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO. Tú eres causa de esta ausencia,  
que en desigual competencia  
no resulta bien jamás.

MARCELA. Disculpas tan falsas das  
como tu engaño lo ha sido,  
porque haberme aborrecido

y haber amado a Diana,  
lleva tu esperanza vana  
sólo a procurar su olvido.

TEODORO. ¿Yo a Diana?

MARCELA. Niegas tarde,  
Teodoro, el loco deseo  
con que perdido te veo  
de atrevido y de cobarde.  
Cobarde, en que ella se guarde  
el respeto que se debe,  
y atrevido, pues se atreve  
tu bajeza a su valor,  
que entre el honor y el amor  
hay muchos montes de nieve.

Vengada quedo de ti,  
aunque quedo enamorada,  
porque olvidaré vengada,  
que el amor olvida ansí.  
Si te acordares de mí,  
imagina que te olvido,  
porque me quieras, que ha sido  
siempre, porque suele hacer  
que vuelva un hombre a querer,  
pensar que es aborrecido.

TEODORO. ¡Qué de quimeras tan locas  
para casarse con Fabio!

MARCELA. Tú me casas, que al agravio  
de tu desdén me provocas.

(Sale FABIO.)

FABIO. Siendo las horas tan pocas  
que aquí Teodoro ha de estar,  
bien haces, Marcela, en dar  
este descanso a tus ojos.

TEODORO. No te den celos enojos,  
que han de pasar tanto mar.

FABIO. En fin, ¿te vas?

TRISTÁN. ¿No lo ves?

FABIO. Mi señora viene a verte.

(Salen la CONDESA, DOROTEA y ANARDA.)

DIANA. ¿Ya, Teodoro, de esta suerte?

TEODORO. Alas quisiera en los pies,  
cuanto más, señora, espuelas.

DIANA. ¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?

ANARDA. Todo está aprestado y junto.

FABIO. En fin, ¿se va?

MARCELA. ¿Y tú me celas?

DIANA. Oye aquí aparte.

TEODORO. Aquí estoy.

(Aparte los dos.)

A tu servicio.

DIANA. Teodoro,  
tú te partes; yo te adoro.

TEODORO. Por tus crueldades me voy.

DIANA. Soy quien sabes, ¿qué he de ha-

TEODORO. ¿Lloras? [cer?

DIANA. No, que me ha caído  
algo en los ojos.

TEODORO. ¿Si ha sido  
amor?

DIANA. Sí debe ser;  
pero mucho antes cayó,  
y agora salir querría.

TEODORO. Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.

Sin ella tengo de ir;  
no hago al serviros falta,  
porque hermosura tan alta  
con almas se ha de servir.  
¿Qué me mandáis? Porque yo  
soy vuestro.

DIANA. ¿Qué triste día!

TEODORO. Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.

DIANA. ¿Lloras?

TEODORO. No; que me ha caído  
algo, comó a ti, en los ojos.

DIANA. Deben de ser mis enojos.

TEODORO. Eso debe de haber sido.

DIANA. Mil niñerías te he dado,  
que en un baúl hallarás.  
Perdona no pueda más.  
Si le abrieres, ten cuidado  
de decir, como a despojos  
de victoria tan tirana:  
“¡Aquéstos puso Diana  
con lágrimas de sus ojos!”

ANARDA. Perdidos los dos están.

DOROTEA. ¡Qué mal se encubre el amor!

ANARDA. Quedarse fuera mejor.

Manos y prendas se dan.

DOROTEA. Diana ha venido a ser  
*El perro del hortelano.*

ANARDA. Tarde le toma la mano.

DOROTEA. O coma, o deje comer.

(Sale el CONDE LUDOVICO y CAMILO.)

LUDOVICO.

Bien puede el regocijo dar licencia,  
Diana ilustre, a un hombre de mis años  
para entrar de esta suerte a visitaros.

DIANA.

Señor Conde, ¿qué es esto?

LUDOVICO.

Pues ¿vos sola no sabéis lo que sabe toda Nápoles, que en un instante que llegó la nueva apenas me han dejado por las calles, ni he podido llegar a ver mi hijo?

DIANA.

¿Qué hijo, que no te entiendo el regocijo?

LUDOVICO.

¿Nunca vueseñoría de mi historia ha tenido noticia, y que ha veinte años que enviaba un niño a Malta, con su tío, y que le cautivaron las galeras de Alí Bajá?

DIANA.

Sospecho que me han dicho este suceso vuestro.

LUDOVICO.

Pues el cielo me ha dado a conocer el hijo mío, después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA.

Con justa causa, Conde, me habéis dado tan buena nueva.

LUDOVICO.

Vos, señora mía, me habéis de dar, en cambio de la nueva, el hijo mío, que sirviéndoos vive, bien descuidado de que soy su padre. ¡Ay, si viviera su difunta madre!

DIANA.

¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO.

No, señora, no es Fabio, que es Teodoro.

DIANA.

¿Teodoro?

LUDOVICO.

Sí, señora.

TEODORO.

¿Cómo es esto?

DIANA.

Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.

LUDOVICO.

¿Luego es aquéste?

TEODORO.

Señor Conde, advierta vueseñoría...

LUDOVICO.

No hay que advertir, hijo, hijo de mis entrañas, sino sólo el morir en tus brazos.

DIANA.

¡Caso extraño!

ANARDA.

¡Ay, señora! ¿Teodoro es caballero tan principal y de tan alto estado?

TEODORO.

Señor, yo estoy sin alma, de turbado. ¿Hijo soy vuestro?

LUDOVICO.

Cuando no tuviera tanta seguridad, el verte fuera de todas la mayor. ¡Qué parecido a cuando mozo fui!

TEODORO.

Los pies te pido, y te suplico...

LUDOVICO.

No me digas nada, que estoy fuera de mí, ¡Qué gallardía! Dios te bendiga. ¡Qué real presencia! ¡Qué bien que te escribió naturaleza, en la cara, Teodoro, la nobleza! Vamos de aquí, ven luego, luego toma posesión de mi casa y de mi hacienda. Ven a ver esas puertas coronadas de las armas más nobles de este reino.

TEODORO.

Señor, yo estaba de partida a España, y así, me importa...

LUDOVICO.

¿Cómo a España? ¡Bueno! España son mis brazos.

DIANA.

Yo os suplico,

señor Conde, dejéis aquí a Teodoro, hasta que se reporte, y, en buen hábito, vaya a reconocer como hijo, que no quiero que salga de mi casa con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO.

Habláis como quien sois; tan cuerdamente. Dejarle siento por un breve instante. Mas porque más rumor no se levante, me iré, rogando a vuestra señoría que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA.

Palabras doy.

LUDOVICO.

Adiós, Teodoro mío.

TEODORO.

Mil veces beso vuestros pies.

LUDOVICO.

Camilo, venga la muerte agora.

CAMILO.

¿Qué gallardo mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO.

Pensar poco quiero este bien, por no volverme loco.

(Váyase el CONDE y lleguen todos los criados a TEODORO.)

FABIO. Danos a todos las manos.

ANARDA. Bien puedes, por gran señor.

DOROTEA. Hacernos debes favor.

MARCELA. Los señores que son llanos conquistan las voluntades. Los brazos nos puedes dar.

DIANA. Apartaos; dadme lugar. No le digáis necedades.

Déme vuestra señoría las manos, señor Teodoro.

TEODORO. Agora esos pies adoro, y sois más señora mía.

DIANA. Salíos todos allá, dejadme con él un poco.

MARCELA. ¿Qué dices, Fabio?

FABIO. Estoy loco.

DOROTEA. ¿Qué te parece?

ANARDA. Que ya

mi ama no querrá ser  
*El perro del hortelano.*

DOROTEA. ¿Comerá ya?

ANARDA. Pues ¿no es llano?

DOROTEA. Pues reviente de comer.

(Váyanse los criados.)

DIANA. ¿No te vas a España?

TEODORO. ¿Yo?

DIANA. ¿No dice vueseñoría "Yo me voy, señora mía; yo me voy, el alma no"?

TEODORO. ¿Burlas de ver los favores de la fortuna?

DIANA. Haz extremos.

TEODORO. Con igualdad nos tratemos, como suelen los señores, pues todos lo somos ya.

DIANA. Otro me parecen.

TEODORO. Creo

que estás con menos deseo. ¿Pena el ser tu igual te da? ¿Quisiérasme tu criado? Porque es costumbre de amor querer que sea inferior lo amado.

DIANA. Estás engañado, porque agora serás mío, y esta noche he de casarme contigo.

TEODORO. ¿No hay más que darme? Fortuna, tente.

DIANA. Confío que no ha de haber en el mundo tan venturosa mujer. Vete a vestir.

TEODORO. Iré a ver el mayorazgo que hoy fundo, y este padre que me hallé, sin saber cómo o por dónde.

DIANA. Pues, adiós, mi señor Conde.

TEODORO. Adiós, Condesa.

DIANA. Oye.

TEODORO. ¿Qué?

DIANA. ¿Qué? Pues ¿cómo a su señora así responde un criado?

TEODORO. Está ya el juego trocado, y soy yo el señor agora.

DIANA. Sepa que no me ha de dar más celitos con Marcela, aunque este golpe le duela.

TEODORO. No nos solemos bajar

los señores a querer  
a las criadas.

DIANA. Tenga cuenta  
con lo que dice.

TEODORO. Es afrenta.

DIANA. Pues ¿quién soy yo?

TEODORO. Mi mujer.

(Váyase.)

DIANA.

No hay más que desear. Tente, fortuna,  
como dijo Teodoro. Tente, tente.

(Salen FEDERICO y RICARDO.)

RICARDO.

¿En tantos regocijos y alborotos  
no se da parte a los amigos?

DIANA.

Tanta  
cuanta vus señorías me pidieren.

FEDERICO.

De ser tan gran señor vuestro criado  
os las pedimos.

DIANA.

Yo pensé, señores,  
que las pedís (con que licencia os pido),  
de ser Teodoro Conde, y mi marido.

(Váyase la CONDESA.)

RICARDO.

¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO.

¡Estoy sin seso!

RICARDO.

¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!

(Sale TRISTÁN.)

FEDERICO.

Veisle. Aquí viene.

TRISTÁN.

Todo está en su punto.

¡Brava cosa que pueda un lacaisero  
ingenio alborotar a toda Nápoles!

RICARDO.

Tente, Tristán, o como te apellidas.

TRISTÁN.

Mi nombre natural es quita vidas.

FEDERICO.

¡Bien se ha echado de ver!

TRISTÁN.

Hecha estuviera  
a no ser Conde, de hoy acá, este muerto.

RICARDO.

Pues ¿eso importa?

TRISTÁN.

Al tiempo que el concierto  
hice por los trescientos solamente,  
era para matar, como fué llano,  
un Teodoro criado; mas no Conde.  
Teodoro Conde es cosa diferente,  
y es menester que el galardón se aumente;  
que más costa tendrá matar un Conde  
que cuatro o seis criados, que están muertos,  
unos de hambre, y otros de esperanzas,  
y no pocos de envidia.

FEDERICO.

¿Cuánto quieres,  
y mátales esta noche?

TRISTÁN.

Mil escudos.

RICARDO.

Yo los prometo.

TRISTÁN.

Alguna señal quiero.

RICARDO.

Esta cadena.

TRISTÁN.

Cuenten el dinero.

FEDERICO.

Yo voy a prevenillo.

TRISTÁN.

Yo a matalle,

¿Oyen?

RICARDO.

¿Qué, quieres más?

TRISTÁN.

Todo hombre calle.

(Váyanse, y entre TEODORO.)

- TEODORO. Desde aquí te he visto hablar con aquellos matadores.
- TRISTÁN. Son los dos necios mayores que tiene tan gran lugar.  
Esta cadena me han dado, mil escudos prometido porque hoy te mate.
- TEODORO. ¿Qué ha sido esto que tienes trazado, que estoy temblando, Tristán?
- TRISTÁN. Si me oyeras hablar griego, me dieras, Teodoro, luego, más que estos locos me dan.  
¡Por vida mía, que es cosa fácil de greguecizar; ello, en fin, no es más de hablar; mas era cosa donosa los nombres que le decía: Azteclas, Catiborratos, Serpolitania, Jipatos, Atecas, Filimocía, que esto debe de ser griego, como ninguno lo entiende, y, en fin, por griego se vende.
- TEODORO. A mil pensamientos llevo que me causan gran tristeza; pues si se sabe este engaño, no hay que esperar menos daño que cortarme la cabeza.
- TRISTÁN. ¿Agora sales con eso?
- TEODORO. Demonio debes de ser.
- TRISTÁN. Deja la suerte correr, y espera el fin del suceso.
- TEODORO. La Condesa viene aquí.
- TRISTÁN. Yo me escondo, no me vea.

(Sale la CONDESA.)

- DIANA. ¿No eres ido a ver tu padre, Teodoro?
- TEODORO. Una grave pena me detiene, y, finalmente, vuelvo a pedirte licencia para proseguir mi intento de ir a España.
- DIANA. Si Marcela te ha vuelto a tocar al arma, muy justa disculpa sea.
- TEODORO. ¿Yo Marcela?
- DIANA. Pues ¿qué tienes?
- TEODORO. No es cosa para ponerla

- desde mi boca a tu oído.
- DIANA. Habla, Teodoro, aunque sea mil veces contra mi honor.
- TEODORO. Tristán, a quien hoy pudiera hacer el engaño estatuas, la industria, versos, y Creta, rendir laberintos, viendo mi amor, mi eterna tristeza, sabiendo que Ludovico perdió un hijo, esta quimera ha levantado conmigo, que soy hijo de la tierra, y no he conocido padre más que mi ingenio, mis letras y mi pluma. El Conde cree que lo soy, y aunque pudiera ser tu marido, y tener tanta dicha y tal grandeza, mi nobleza natural que te engañe no me deja, porque soy, naturalmente, hombre que verdad profesa. Con esto, para ir a España vuelvo a pedirte licencia, que no quiero yo engañar tu amor, tu sangre y tus prendas.
- DIANA. Discreto y necio has andado: discreto, en que tu nobleza me has mostrado en declararte; necio, en pensar que lo sea en dejarme de casar, pues he hallado a tu bajeza el color que yo quería, que el gusto no está en grandezas, sino en ajustarse al alma aquello que se desea. Yo me he de casar contigo, y porque Tristán no pueda decir aqueste secreto, hoy haré que cuando duerma en este pozo de casa le sepulsen.
- TRISTÁN. (Detrás del paño.) ¡Guarda afuera!
- DIANA. ¿Quién habla aquí?
- TRISTÁN. ¿Quién? Tristán, que justamente se queja de la ingratitud mayor que de mujeres se cuenta, pues siendo yo vuestro gozo, aunque nunca yo lo fuera, ¿en el pozo me arrojáis?
- DIANA. ¿Qué, lo has oído?
- TRISTÁN. No creas

que me pescarás el cuerpo.  
 DIANA. Vuelve.  
 TRISTÁN. ¿Que vuelva?  
 DIANA. Que vuelvas.

Por el donaire, te doy  
 palabra de que no tengas  
 mayor amiga en el mundo;  
 pero has de tener secreta  
 esta invención, pues es tuya.

TRISTÁN. ¿Si me importa que lo sea,  
 no quieres que calle?

TEODORO. Escucha,  
 ¿Qué gente y qué grita es ésa?

(Salen el Conde Ludovico, Federico, Ricardo, Camilo, Fabio, Anarda, Dorotea, Marcela.)

RICARDO. Queremos acompañar  
 a vuestro hijo.

FEDERICO. La bella  
 Nápoles está esperando  
 que salga junto a la puerta.

LUDOVICO. Con licencia de Diana,  
 una carroza te espera,  
 Teodoró, y junta, a caballo,  
 de Nápoles la nobleza.  
 Ven, hijo, a tu propia casa,  
 tras tantos años de ausencia.  
 Verás adonde naciste.

DIANA. Antes que salga y la vea,  
 quiero, Conde, que sepáis  
 que soy su mujer.

LUDOVICO. Detenga  
 la fortuna, en tanto bien,  
 con clavo de oro la rueda.  
 Dos hijos saco de aquí  
 si vine por uno.

FEDERICO. Llega,  
 Ricardo, y da el parabién.

RICARDO. Darle, señores; pudiera  
 de la vida de Teodoro,  
 que celos de la Condesa  
 me hicieron que a este cobarde  
 diera, sin esta cadena,  
 por matarle, mil escudos.  
 Haced que luego le prendan,  
 que es encubierto ladrón.

TEODORO. Eso no, que no profesa  
 ser ladrón quien a su amo  
 defiende.

RICARDO. ¿No? Pues ¿quién era  
 ese valiente fingido?

TEODORO. Mi criado, y por que tenga  
 premio el defender mi vida,  
 sin otras secretas deudas,  
 con licencia de Diana,  
 le caso con Dorotea,  
 pues que ya su señoría  
 casó con Fabio a Marcela.

RICARDO. Yo doto a Marcela.

FEDERICO. Y yo  
 a Dorotea.

LUDOVICO. Bien; queda  
 para mí, con hijo y casa,  
 el dote de la Condesa.

TEODORO. Con esto, senado noble,  
 que a nadie digáis, se os ruega,  
 el secreto de Teodoro;  
 dando, con licencia vuestra,  
 del *Perro del hortelano*,  
 fin la famosa comedia.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE "EL PERRO DEL  
 HORTELANO".